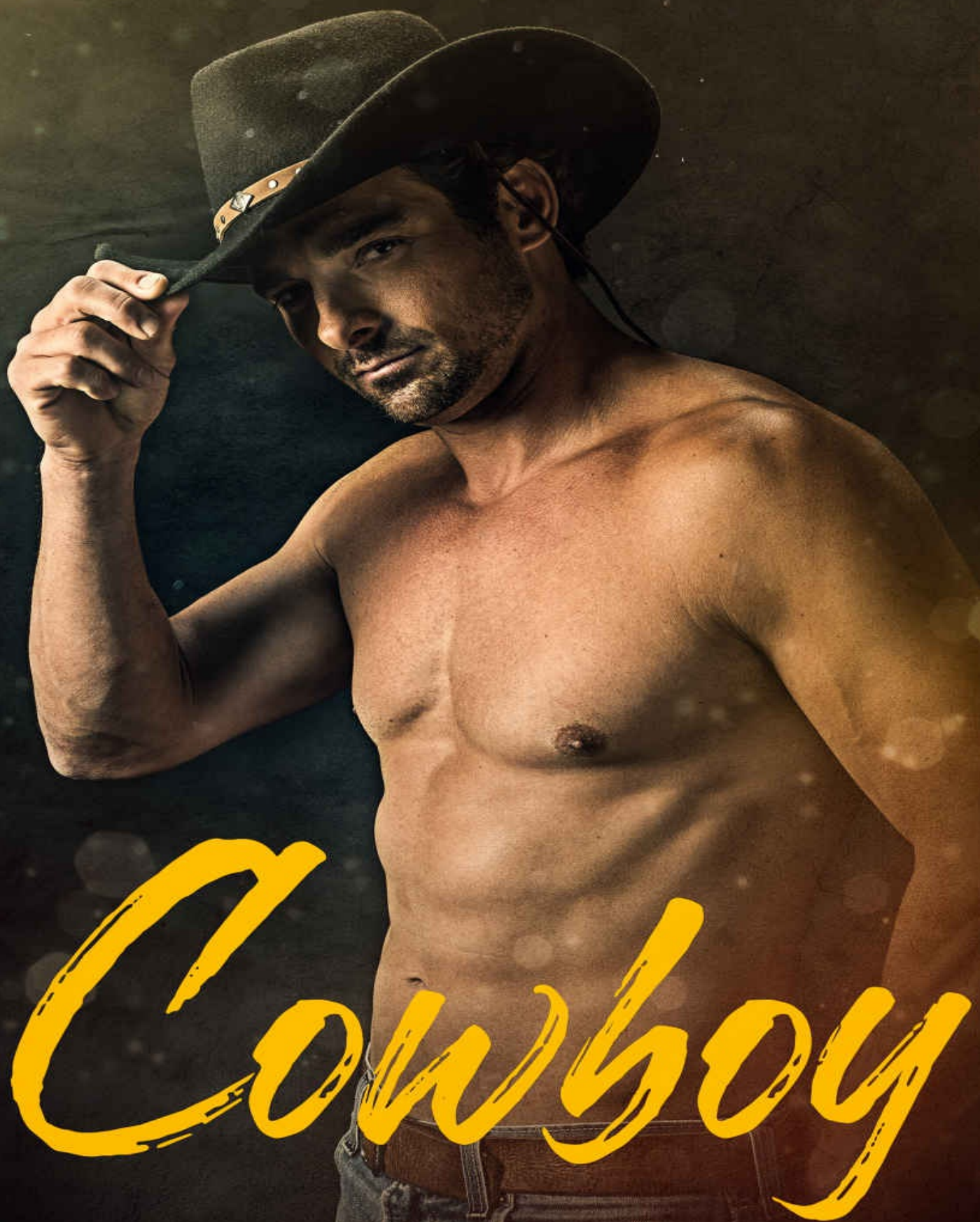
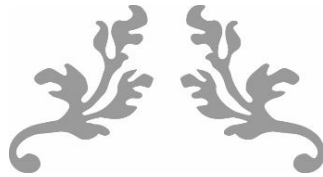


JORGE BORGES



HOMBRE SALVAJE Y PRINCESA DE CIUDAD



COWBOY

Hombre Salvaje y Princesa de Ciudad



Por **Jorge Borges**

© Jorge Borges 2019.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Jorge Borges.

Primera Edición.

Dedicado a Carmen, Alberto, Nacho, Daniel y René

Mi regalo **GRATIS** por tu interés;

--> [**Haz click Aquí**](#) <--

La Bestia Cazada

Romance Prohibido, Erótica y Acción con el Chico Malo Motero



~~2,99€~~

Gratis

--> [**www.extasiseditorial.com/amazon**](http://www.extasiseditorial.com/amazon) <--

*para suscribirte a nuestro boletín informativo
y conseguir libros el día de su lanzamiento
GRATIS*

I

Entre lujos y caprichos

Ariadna era una chica de 23 años que estaba acostumbrada a una vida a las que muy pocas personas pueden acceder. Su padre era uno de los empresarios más importantes y adinerados del país y las cosas cada vez marchaban mejor para él quien amasaba una fortuna que lo único que hacía era crecer sin parar.

Como un buen hombre y padre, proveía a su familia de todo lo que necesitaban y tenían todas las comodidades necesarias, pero, en particular con su pequeña hija quien lo tenía todo y más, creciendo entre lujos y siendo parte de ese pequeño porcentaje de la población mundial que no tenía necesidades de ningún tipo.

Tenía profesores en casa ya que, según su padre, “no había una escuela lo suficientemente buena para Ariadna”, ella merecía lo mejor. El hombre contrató a los mejores educadores del país y fuera de él, para que llevaran a su hija por el mundo de la cultura, la música y todo lo relacionado con el intelecto. Así, pues la niña estaba en su enorme mansión durante las clases que eran dadas según las épocas en que organizaban sus viajes de vacaciones.

Ella no era la mejor estudiante del mundo, pero, una de las cosas que más la movía era la música. No había nada que amara más, Ariadna podía estar durante hora escuchando su lista de reproducción sin aburrirse y todo lo que escuchaba lo trasladaba al piano que era su instrumento favorito a pesar que tocaba la guitarra, el saxofón, el violín y había sido dotada con una extraordinaria voz.

Si había algo que ella quisiera hacer es cantar frente a cientos de personas y demostrar lo talentosa que era, pero, con solo imaginarse frente a un público, se le helaban las manos y su nerviosismo iba más allá de lo normal, sabía que al pararse en un escenario olvidaría todo lo que sabía. Era, quizá, el precio a pagar por estar siempre encerrada en casa y tener poco contacto con las personas.

Por supuesto la diversión de toda la familia eran los viajes anuales. Las salidas a los destinos turísticos más emblemáticos del mundo siempre eran bienvenidas, puesto que eso consistía en estar en los mejores hoteles durante al menos dos meses, era como ir a otro mundo. Ariadna tenía el pasaporte

completamente sellado y a veces no sabía de dónde sacaban los espacios para colocar un nuevo sello.

La chica estaba rodeada de lo mejor, no había nada que no conociera.

Pero, poco a poco las cosas se fueron haciendo más aburridas, cuando su estancia en casa consistía solo en estudiar y el único entretenimiento real que tenía era cuando iba su profesora de música. Ariadna comenzaba a sentirse un poco fuera de contexto y entonces comenzó a salir un poco más a tratar de conocer personas y hacer amigos con quienes compartir sus cosas, pero, no fue nada fácil pasar por eso.

Cuando iba a las fiestas de los amigos de su padre siempre conseguía a las mismas personas y con ellas las cosas no eran muy divertidas. Pero, un día las cosas cambiaron cuando consiguió a un grupo de chicas interesantes y que al parecer estaban en la misma sintonía que Ariadna.

En efecto, las tres muchachas eran hijas de algunas de las más importantes personas del país, ellas sabían exactamente el tipo de vida que Ariadna tenía, aunque ellas no lo vivían de una manera tan amplia, puesto que sus padres no eran tan millonarios como el de ella.

Pero, de igual forma y dejando un poco a un lado la cantidad de ceros en el banco, las chicas congeniaron desde el primer momento en que se conocieron, la entrada de una nueva integrante como Ariadna, haría que el grupo tomara más clase y prestigio, ellas eran las más populares, pero, ahora estarían con la chica de la sociedad más lata, la chica que nadie había tenido antes y ellas ahora eran mejores amigas.

No se esperaron las salidas a las discotecas, los paseos a las mejores zonas del país, por fin y después de mucho tiempo, las cosas estaban comenzando a tener sentido.

Pronto era el cumpleaños de Ariadna y por primera vez estaba contenta por poder organizar una fiesta a donde asistieran sus verdaderos primeros amigos y por supuesto las tres chicas que se habían convertido como en sus hermanas, siempre juntas, en las buenas y en las malas.

Gabriela, Indira y Elena se habían convertido en la columna vertebral de la vida de Ariadna, todo su apoyo se concentraba en esas tres chicas con las que había compartido muchísimo en tan poco tiempo, definitivamente el destino o Dios las había puesto en su camino para poder tener las mejores experiencias

junto a ellas.

Además, había algunos otros chicos que irían. Conocidos de las discotecas, pero, que también tenían padres importantes que no conocían al suyo, lo cual podría ser interesante a la hora de hacer un negocio entre adultos.

La celebración sería la mejor a la que hayan asistido, de eso no había dudas. De hecho, había muchas expectativas al respecto y ninguno, de los que sabían sobre la fiesta, se lo perderían.

Por su parte, Roberto, el padre de Ariadna estaba haciendo lo mejor posible porque no faltara nada en la fiesta de su hija, en ese momento sentía que podía darle más de lo que siempre le había dado, estaba ansioso por todo lo que le venía encima sabiendo que era una chica muy atractiva y que además estaba en la flor de la juventud. Quizá ella quisiera abrir sus alas más pronto de lo que esperaba.

Tenía planeadas algunas sorpresas, pero, el resto estaba en manos de Ariadna, el solo se encargaba de hacer los cheques sin importar lo que eso costara, para él no había suficiente dinero en el mundo para complacer a su retoño, a la razón de su vida.

Los días siguieron pasando muy rápido y sobre todo las últimas dos semanas.

Por fin llegó el gran día y todos estaban listos. La fiesta era en los jardines de la gran mansión donde vivían. Las personas, en su mayoría familiares, comenzaron a llegar poco a poco y un poco más tarde, los amigos.

La fiesta parecía ser de otro mundo. Había pantallas enormes por todos lados, una mesa que parecía no tener fin llena de tapas para todos los gustos, en medio una fuente de chocolate. Más allá en la parte central de todo había una tarima con un gran arreglo de cornetas con una decoración impresionante y arriba de todo un “21” con luces de neón que recordaban la edad que estaba cumpliendo la homenajeadada.

La música por los momentos era bastante agradable y todos tenían en sus manos y cóctel o una cerveza bien fría. Había licor para todos los gustos y nadie se quedaba por fuera.

Gabriela, Elena e Indira estaban juntas como siempre y saludaban al resto de los invitados, cuando de pronto, justo cuando ellas pasaban por la entrada principal, salió Ariadna ataviada de un gran vestido negro que resaltaba todos

y cada uno de sus atributos.

La chica bajó las escaleras con elegancia y una sonrisa gigante, algo que realmente enloqueció a todos. Ella estaba brillando con gracia y lo contagió a todos, la verdad es que ella tenía algo que iba más allá de lo normal, algo que la hacía más que especial.

Terminó de bajar y entre aplausos ella levantó las manos y comenzó a saludar, pero, eso no era todo, mientras todos estaban viéndola, una banda local se subió en el escenario y comenzaron a tocar sin ningún tipo de aviso, así que la entrada fue simultánea y todos comenzaron a disfrutar del espectáculo.

Ariadna estaba más que emocionada por todo lo que estaba pasando, era algo inédito, nunca antes vivido y lo disfrutaba al máximo, cada segundo contaba.

Los músicos entonces, como primera sorpresa para ella en la noche, la invitaron a sentarse en la mesa principal y le dieron la oportunidad de pedir todas las canciones que quisiera, la complacerían en todo lo que ella dijera, era su fiesta.

Desde ahí se imaginaba teniendo la valentía de subirse en el escenario para hacer lo mismo que hacían esos chicos, era mágica la manera en que se movían por el escenario, era como si nacieran para eso. Ariadna quería hacer algo parecido, pero, sabía que eso nunca se daría de esa manera, ella no sería capaz de cantar o interpretar un tema frente a diez personas siquiera.

Ella sacó de la cabeza todas esas cosas y siguió disfrutando de su fiesta.

En la mesa la acompañaban sus inseparables amigas, que, por supuesto tenían un trato preferencial, y su padre, pero, este estuvo tan solo unos minutos, la idea era que la chica se alejara de todo y siguiera gozando de todo aquello.

Los asistentes bailaban y la música pasaba de la más movida, a una balada y a algo de rock and roll, había de todos los géneros y para todos los gustos.

Todos querían un baile con la cumpleañera, una fotografía o algo que les dejara un recuerdo de aquel fabuloso día, pero, el viejo Roberto se acercó a la tarima con algo que nadie estaba esperando.

Un feedback hizo que todos arrugaran su rostro y algunos se taparan los oídos. El estruendoso ruido desapareció dos segundos después.

Los invitados y la misma Ariadna no sabían lo que estaba sucediendo y

entonces vio a su padre tratando de acomodarse en ese gran escenario y recibiendo algunas órdenes del ingeniero de sonido que estaba detrás de la consola.

— Hola. Buenas noches.

El corazón de Ariadna estaba palpitando más rápido que de costumbre y además ella trataba de comprender lo que pasaba. La verdad es que su padre no tenía muy buena pinta.

— Quería agradecerles a todos por venir y por darle esta maravillosa velada a mi hija Ariadna. Sé que las cosas han sido muy rutinarias para ti durante todos estos años, pero, créeme que cada una de las cosas que he hecho han sido pensando en tu bienestar y para hacerte feliz.

Todos estaban conmovidos viendo al hombre hablando de una manera tan franca. Algunos creían que Roberto estaba bajo los efectos el alcohol, pero, no era así.

— Me alegra que estés al lado de tus amigas que se han vuelto parte esencial de tu vida y sé que cuentas con ellas siempre, me alegra que las cosas vayan saliendo casi como lo planeé para ti, pero, mejor aún... Me alegra que jamás te hayas quejado de nada a pesar de ser bastante caprichosa.

Ariadna estaba a punto de llorar.

— Sabes que soy un hombre de pocas palabras y para resumir quiero que sepas que te amo con todo mi corazón y que me siento feliz de tenerte a mi lado. Gracias por todo, hija. Tú me haces querer tener más para dártelo todo a ti.

Las personas aplaudieron al unísono y más de uno estaba llorando. Como era de esperarse, la chica subió casi llorando y abrazó a su padre tan fuerte como pudo, un gesto tan personal y amoroso que nunca imaginó sería el último que le diera.

Roberto prosiguió con el discurso.

— Pero, no todo termina aquí. Hija, aunque sabes que te quiero cerca siempre, también sé que estás creciendo cada vez y que eres casi toda una mujer, irónicamente, mi regalo sorpresa no te mantendrá tan cerca como lo deseo, pero, te lo mereces.

Ariadna estaba bastante confundida y entonces todos voltearon cuando escucharon una bocina tocando varias veces.

Una camioneta último modelo entró con un gran lazo rosado en el techo y la chica saltó de la emoción sin creer lo que estaba viendo. No sabía si bajar, si abrazar a su padre, si llorar, si creerlo... Jamás se habría esperado algo así. Pero, entonces por instinto bajó y entonces pasó primero por donde sus amigas.

— ¡Esto es para todas, chicas!

Las cuatro se amalgamaron en un gran abrazo y entonces salieron corriendo para ver el vehículo.

Ariadna ahora estaba en una mezcla de sentimientos bastante extraña y no entendía cómo es que le estaba pasando todo eso exactamente, pero, así era.

— Muy bien, chicas. ¿Alguna de ustedes sabe conducir?

Indira levantó la mano y habló.

— Yo lo hago desde hace mucho tiempo y modestia aparte, soy muy buena haciéndolo.

Ariadna volteó y buscó a su padre en el escenario, cuando lo vio juntó sus manos como si se preparara para comenzar una oración y él entendió de inmediato, así que Roberto les dio el permiso de dar una vuelta, él confiaba demasiado en ella, sabía que la había malcriado de una manera exagerada, pero, también sabía que era una chica lista y que volvería pronto. No dejaría a todos esperando por ella.

Todas se montaron y se fueron a dar un pequeño paseo.

— Muy bien, señoras y señores. ¡Que siga la fiesta!

Las personas siguieron las órdenes de Roberto y la banda comenzó a tocar.

Para el hombre era increíble que su pequeña ya tuviera 21 años y que estuviera saliendo de la casa en su propio coche.

¡Vaya que el tiempo pasa rápido!

Su móvil sonó en ese momento y entonces se fue a su despacho cuando vio el número de donde lo llamaban.

— Hola, Freddy.

— Roberto, amigo mío. ¿Cómo estás?

— Bastante ocupado, la verdad.

— Entiendo. Sé que la pequeña Ariadna está de cumpleaños. ¡21!

Roberto tragó saliva.

¿Cómo lo sabe?

— Así es.

— Me saludas a Ari. Dile que su tío Freddy le manda muchos abrazos. Quizá pronto le envíe un regalo.

— ¿Qué quieres?

— ¡Vaya, que hostilidad! Bien, iré al punto. ¿Qué ha pasado con el dinero que me debes?

— Lo sigo reuniendo. Te dije que lo tendrías.

— Claro. Lo sé, pero, de eso ya ha pasado casi un año.

— Tendrás hasta el último centavo.

— No entiendo cómo es que tienes para hacer una gran fiesta y regalarle a tu hija una camioneta del año y no tienes para pagarme a mí. A mí que te he tenido tanta paciencia.

¿Pero, qué carajo con este hombre?

¿De dónde saca toda esa información?

— ¡Carajo, Freddy! Tendrás tu dinero.

Roberto cortó la llamada y lanzó el móvil contra uno de los muebles de su despacho. Ya estaba harto de todas esas persecuciones perennes que le tenía Freddy. Estaba dispuesto a pagarle todo el dinero que le debía de una vez por todas para salir de eso, o quizá podría borrarlo del mapa, pero, ese no era su estilo.

No sería fácil juntar toda esa cantidad de dinero y mucho menos en efectivo, pero, tenía que saldar esa cuenta que tenía antes de que el hombre se volviera loco, si había algo en lo que tenía razón era en eso de que le había tenido mucha paciencia.

Era el precio que debía pagar por meterse en negocios turbios, pero, sus ganas

de tener más dinero lo llevaron a eso. Por ahora solo quería seguir disfrutando del día más importante para su hija, pero, sus pensamientos ahora estarían en otro lado.

II

El cowboy del pueblo

Villa Oeste es un pueblo alejado que parece haber quedado detenido en el tiempo, todavía algunas calles son de tierra y las casas muy rudimentarias.

Están en medio de un gran valle rodeado de ganado, caballos y escasa vegetación, no es un desierto, pero, la verdad es que lo parece. Las personas trabajan día en noche normalmente con sus reses y no hay muchos sitios de diversión, una vez al año se reúnen a celebrar el año nuevo con whisky destilado por ellos mismos, pero, de resto las cosas son muy calmadas. Cuenta, según el último censo, con más de 1200 personas. Todos se conocen en el pueblo, nadie es un forastero.

El bar del viejo Andrew es el sitio de atracción por excelencia. Es el típico expendio de licores donde solo hay una barra y al final suena un aparato de sonido algo moderno con las canciones que ponen en la radio local, no hay mucha variedad, pero, la verdad es que es mejor que nada.

Todas las chicas lindas terminaban trabajando con Andrew que las ponía como meseras, pero, ellas siempre buscaban algo más dándole servicios especiales a los que ahí llegaban, para ellas no había problemas en eso y así llevarían un poco más de dinero a casa.

Pero, como en todos lados había quien sobresalía sobre el resto, un hombre que no necesitaba presentación en ningún lado al que iba y todas en el pueblo querían con él, de nuevo, no había nada más emocionante que acostarse con el espectacular Viktor. Él no tenía ningún tipo de comparación, él era el hombre más atractivo del pueblo.

Era el jefe de la policía y lógicamente, era el mejor trabajo del mundo puesto que casi nunca pasaba nada importante ahí. El último arresto que había hecho databa de casi un año antes cuando le puso las esposas a Chris Becker quien arremetió contra su mujer en medio de una borrachera, pero, de resto las cosas estaban muy calmadas.

Usaba su uniforme a diario para recorrer las calles y luego en la tarde, cuando ya salía de su turno, se tomaba algunas cervezas con donde el viejo Andrew y conversaba con él sobre temas de guerra y béisbol, terminaba siendo una

compañía agradable, pero, después de eso iba a la conquista de algunas de las chicas del pueblo.

Normalmente buscaba a alguna que nunca hubiera tenido (carne nueva le llamaba él), pero, no era una tarea muy fácil en Villa Oeste. Aunque siempre salían algunas chicas por primera vez y ninguna se atrevía a despreciarlo, de hecho, Viktor se había convertido en una leyenda viviente, no había otro más atractivo que él.

Algunas mujeres, entre ellas, rumoraban sobre lo que hacía en la cama.

Betty Torres, la encargada de la tienda de tabaco, decía que jamás había estado con un hombre tan fuerte en la cama, la tomaba con firmeza y siempre llevaba el control de la situación. Samantha Green decía que jamás había tenido un orgasmo tan grande como el que le había dado el jefe de la policía y además que la había follado tres veces en una tarde. Las cosas eran cada vez más intensas.

Los cuentos sobre las cosas que podía hacer Viktor eran casi un ultra secreto entre las mujeres de la ciudad, pues muchas de ellas estaban casadas o tenían a sus compañeros, lo cual sería algo que volvería locos a todos, aunque algunos lo sospechaban.

Por supuesto, él no era muy bien visto por el gremio masculino, que decía que gracias a su uniforme las podía tener a todas. Nunca daban por sentado que era su atractivo lo que hacía todo, la envidia no los dejaba ver más allá, pero, no había que sacar muchas cuentas para saber la razón por la cual Viktor era el más cotizado en todo el pueblo. Con solo verlo bastaba.

Los únicos que realmente lo seguían eran los más niños, quienes tenían como meta ser lo más parecido al jefe de la policía, ellos sabían que todas las mujeres querían con él y además combatía a los malos y cargaba siempre con él un arma. Era como una especie de súper héroe local, alguien de carne y hueso a quien admirar.

Aquella noche, antes de que le cambiara la vida, estaba sentado con Andrew y de pronto entró una de las chicas más jóvenes de todo el pueblo que acababa de cumplir la mayoría de edad y ya podía beber un trago en el local más concurrido. Viktor la vio y sus miradas se cruzaron en ese mismo instante.

En ese momento él no era el jefe de la policía, era sólo un hombre que estaba dispuesto a echar su red y cazar de nuevo, conocedor de la ley, sabía que, al

ella tener la edad para tomar en el bar, también estaba lista para todo lo demás y al menos no sería algo ilegal ante las autoridades.

Leslie Adams era muy linda, sin muchas curvas dada su delgada contextura, pero, la verdad es que su rostro era lo más resaltante de ella con una sonrisa completamente hermosa y además tenía una sensualidad incomparable, algo que muchas otras no tenían, Leslie sabía la manera correcta de llamar la atención de un hombre.

Claro está que no solo fue por un trago esa noche, ella había deseado estar con el jefe Viktor desde hace mucho tiempo, pero, mientras fuera una chiquilla, no tendría opción, así que esa noche cuando ya no había ninguna excusa se presentó en el lugar preferido del hombre, además todos sabían que la debilidad de Viktor eran las mujeres y sobre todo cuando no las había tenido entre sus brazos.

La chica se sentó en una de las mesas sabiendo de la mirada de Viktor sobre ella, pero, trató de disimular y mirar a otro lado. Sentía un poco de miedo, pero, la verdad es que era la adrenalina que estaba haciendo de las suyas, había esperado con ansias ese momento y quería saber si todas las cosas que le decían sobre el hombre eran ciertas, ella también quería vivirlo.

Quizá una de las ventajas que tenía Viktor es que los demás hombres en el pueblo eran más de lo mismo, no había nada interesante y él era como la excepción que confirma la regla.

Además, vivió en la ciudad durante sus primeros años de vida, pero, fue desde el momento en que lo trasladaron para Villa Oeste en que él comenzó a ser el tipo de persona que era, se dio cuenta que podía comenzar de nuevo y toda la experiencia que tuvo en la ciudad se convirtió en una lección aprendida y sabía que su trabajo lo mantenía al límite entre la vida y la muerte.

Ya tenía 3 años desde el momento en que lo trasladaron poco a poco se fue dando cuenta de que ese pequeño y abandonado pueblo era su salvación. Necesitaba dejar atrás los días oscuros y en Villa Oeste podría ser jefe, algo que le costaría muchísimo en la ciudad donde pasarían cualquier cantidad de años para lograrlo y tendría que besarle el trasero a muchos para quedar siempre bien.

Eso no pasaría en su nuevo distrito, donde gracias a todo el tiempo que tenía ejerciendo y siendo el mejor en su clase cuando se graduó, llegó dando

órdenes y poniendo todo en su lugar, había cosas que no estaban encarriladas y él era el hombre que se encargaría de eso.

No todo estaba tan mal, pero, la verdad es que todos salían corriendo de ahí por el aburrimiento. Algo que casi empuja a Viktor durante los primeros dos meses, justo cuando consiguió comenzar a acostarse con las chicas del pueblo, sin importar como se llamasen o si estaban casadas o no, él solo las necesitabas para el sexo y nada más. No había sentimientos, no había responsabilidad.

Esa fue la razón principal por la que cambió sus planes que contemplaban irse de ahí, pero, terminó tomándole gusto a todas esas mujeres que además de acostarse con él le subía la autoestima de una manera sorprendente, algo que poco a poco lo fue haciendo más y más arrogante, pero, a la vez era el tesoro que buscaban cada una de las residentes de Villa Oeste, ellas lo necesitaban para salir de la cotidianidad.

Tener a un hombre como ese era algo que jamás les había pasado por sus mentes y menos estando atascadas en ese pueblo de mierda durante toda su vida, sabían, gracias a la televisión, de todos esos chicos guapos de las películas, pero, para ellas era como un sueño inalcanzable, algo que jamás en la vida tendrían, pero, desde la llegada de Viktor las cosas cambiaron y ahora tenían una esperanza.

Leslie sabía todo esto desde siempre y desde que lo vio la primera vez había quedado completamente enamorada, sabía que quizá era un capricho de chica, pero, la verdad es que las cosas se fueron haciendo cada vez más grande en su corazón. Por supuesto ella sabía que nunca lo tendría como pareja, la diferencia de edad entre los dos era de casi 15 años.

Pero, más allá del margen entre sus edades, las cosas se hacían más imposibles sabiendo que el galán del pueblo solo buscaba a las chicas para sus noches de sexo, pero, irónicamente era eso lo que más hacía que las mujeres cayeran ante sus pies, se había convertido como en una tradición para ellas. Estar con Viktor Betts era lo mejor del mundo.

Viktor se volteó y la miró hasta que ella le devolvió la mirada. Él, alzando su vaso de cerveza, la saludó y además convirtió la escena en algo épico cuando le sonrió a la chica. Ella estaba temblando de pies a cabeza.

En ese momento Leslie vio que su visión fue interrumpida por una de las

camareras y ella, por un momento, pensó que ella lo había hecho adrede ya que pudo haberse parado del otro lado, junto por donde venía. Quizá estaba celosa.

— ¿Te traigo algo, chica?

Ella entonces volvió a la vida real y tomó el menú que tenía sobre la mesa tratando de busca donde conseguía lo que buscaba.

— Si... Bueno... creo...

Ella seguía buscando mientras la camarera seguía masticando un chicle y miraba al techo con aspecto de no tener mucha paciencia.

— Creo que voy a querer... Una cerveza. Sí, simplemente una cerveza.

Pero, en ese momento una potente voz varonil interrumpió.

— Primero debo asegurarme de que esta chica tenga la edad suficiente para estar en un sitio como este.

La camarera vio a Viktor sabiendo que lo único que estaba haciendo era una de sus conocidas maniobras y entonces se fue algo molesta sin tomar la orden. Definitivamente estaba celosa.

Leslie lo miró con algo de vergüenza, pero, entonces le siguió el juego.

— Si quiere le enseño mi identificación, jefe.

— No, no. Confío en que se la mostraste al portero antes de entrar.

— Así fue.

— ¿Puedo sentarme?

De cerca parecía mucho más joven de lo que era, pero, sin dudas estaba buscando lo mismo que él.

La conversación fue tornándose agradable a cada momento y entonces ella lo miraba directamente a los labios, la verdad es que se metería en cualquier problema con tal de estar en la comisaría con ese hombre, necesitaba tenerlo y su mente solo repetía todas y cada una de las historias que había escuchado, era la hora de comprobarlas.

La noche cayó completamente y la chica había tomado solo una cerveza, de resto estuvo más concentrada en la conversación que en cualquier otra cosa.

— Tengo una pregunta para ti, Viktor. ¿La comisaría está sola a esta hora?

— Tan sola como un desierto y la única persona con llave soy yo.

Ella entonces se mordió el labio inferior y se sonrojó. Viktor entendió de inmediato.

— ¿Has cometido algún delito?

— Todos los que tengan como condena quitarme la ropa frente a ti.

Se levantaron entonces sin pensarlo más y fueron directamente a la comisaría. Para él era algo nuevo, puesto que todas terminaban en su casa o en uno de los dos hoteles de la ciudad, pero, ella al parecer tenía esa idea desde mucho tiempo antes. No importaba el lugar, solo lo que ahí se hiciera.

Entonces llegaron y el jefe encendió las luces, y ella caminó directo a una de las celdas que estaban en la sala principal. La chica no tenía ningún tipo de vergüenza, nada la detendría y se notaba que no quería otra cosa esa noche que no fuera ser tomada por el gran Viktor.

La jovencita Leslie estaba a punto de convertirse en una nueva víctima. Ahora probaría la verdadera razón por la cual todas las demás mujeres se volvían locas por el gran jefe de la policía.

Él entonces siguió a Leslie y cuando la tuvo dentro de la celda, cerró la puerta. Ellos quedaron encerrados haciendo realidad la fantasía de la chica.

Las cosas se dieron más rápido de lo que ella imaginaba, esperaba algo más de tacto, pero, apenas comenzó a follarla las cosas cambiaron, no le importaba nada más y ella comenzó a gemir casi de inmediato, todas las historias desaparecieron de su mente y ahora estaba viviendo la verdadera experiencia por ella misma.

Viktor la folló como nunca nadie más lo había hecho, pero, se sintió un poco culpable cuando terminó el acto y tenía al jefe de la policía, sentado en su silla de siempre, desnudo y fumando un cigarrillo frente a ella. Recordó a su novio con el cual tenía casi un año junta, pero, definitivamente necesitaba a este hombre en su vida y no dejaría pasar la oportunidad. Ella estaba sin su novio ya que este se había ido a trabajar a otro pueblo.

Viktor tenía como una especie de conjuro que atraía a todas las mujeres, algo que ninguna podía evitar después de que lo veían a los ojos o empezaban a

escuchar todas las cosas que él les decía, no estaban seguras si era algo que había aprendido o si realmente era innato en él, lo cierto es que todas se rendían ante él.

Leslie sabía que debía salir de ahí de la manera más sigilosa, nadie podía verla porque automáticamente sabrían lo que había pasado y eso no le convenía para nada. Pero, sabía de qué debía hacerlo sola, pues no contaba con la ayuda de Viktor que se olvidaba por completo de sus amantes una vez culminado el acto.

Así que ella se vistió frente a él y lo miró una vez más. ¡Vaya que era increíble haber tenido a ese hombre! ¡Vaya que era increíble que él la escogiera entre otras!

La chica cruzó la puerta en busca de una manera para escapar de ahí y Viktor estaba feliz de lograrlo de nuevo, algo muy cotidiano para él y que se había convertido en una necesidad importante, algo de lo que jamás podría alejarse, algo que era casi como un veneno que le recorría por las venas y no tenía el antídoto o al menos eso creía.

III

La desgracia más grande

Ariadna regresó a la fiesta una hora más tarde y desde ese momento todo cambió para ella y se convirtió en una chica muy popular dentro de la alta sociedad. Su camioneta era la sensación entre su grupo de amigos, pues no todos tenían su propio coche y menos uno tan costoso y de tanto lujo. Poco a poco comenzó a aprender a manejar y después de eso ya nadie la paraba en casa, pues siempre estaba de fiesta en fiesta y de viaje en viaje.

Eso era una etapa a la que Roberto no quería que llegara su hija, pero, era algo que no podría evitar jamás, él estaba seguro que en adelante las cosas serían así. Una de las cosas que lo tenía tranquilo es que siempre salía con el mismo grupo de amigas y que, al menos por los momentos, no había ningún chico alrededor, algo que no era realmente cierto.

Mientras iban a los clubes nocturnos, ella y sus amigas arrasaban con todos los chicos que estaban ahí, pero, ninguna conquistaba más que Ariadna y por supuesto ella siempre escogía a lo más guapos. Algo que en realidad no les gustaba mucho a las otras chicas, pero, era algo que dejaban pasar.

Las cosas estaban para Ariadna en su mejor momento, estaba en la cúspide de su vida y tenía todo lo que quería, sólo debía levantar su móvil y pedirlo, pero, lo que más le encantaba eran las atenciones que tenían todos con ella, claro tenía mucho que ver con que era la que más gastaba en los locales y era también la que pagaba rondas enteras en los clubes, pero, más allá de eso ella era sin dudas la más hermosa y tenía un cuerpo que infartaba a cualquiera.

Sus vestidos eran diseñados exclusivamente para la ocasión y pocas veces dejaban mucho a la imaginación, ella sabía lo que tenía y lo mostraba sin problemas, le gustaba que la vieran, le gustaba que la desearan y rápidamente las cosas comenzaron a descontrolarse.

Ariadna no era virgen. Fue cuando tenía quince años que se dejó llevar por el momento y terminó teniendo sexo con uno de sus primos, pero, fue una experiencia algo desagradable, algo que sin dudas no haría de nuevo y a raíz de eso se mantuvo sin tener relaciones.

Pero, los bailes a medianoche donde mucha piel se rozaba, los besos fortuitos

en una de las esquinas de los clubes y mucho más, la llevaron a buscar lo único que necesitaba. Ahora ella señalaba a los hombres con un dedo y ellos terminaban haciendo lo que ella dijera.

Se sentía poderosa, se sentía la reina del mundo y nada ni nadie la bajarían de ese trono que había tardado tanto en construir, algo que ella misma se había ganado sin dudas. Pero, toda esa codicia la llevó a convertirse en una chica fácil y promiscua.

Claro, todo eso daba igual cuando terminaba consiguiendo todo lo que buscaba, para ella lo único importante era sentirse bien y feliz.

Pero, lamentablemente para la joven reina, las cosas no seguirían así durante mucho tiempo.

Mientras ella se regocijaba en su mundo irreal, las cosas iban completamente diferentes en la vida de su padre, algo que repercutiría completamente sobre ella.

Roberto había dejado pasar mucho tiempo más su deuda con Freddy y este ya no tenía más paciencia, así que entonces le hizo una visita en su oficina la cual no fue muy amigable.

— Hace seis meses que hablamos la última vez, Roberto. ¿O me equivoco?

— Sí. Eso creo.

Roberto estaba sentado firmemente, pero, por dentro estaba muerto de miedo.

— ¿Estás de acuerdo conmigo en el hecho de que he tenido muchísima paciencia con lo que respecta al asunto del dinero que me debes?

— Te dije que tendrías tu dinero.

— ¿Cuándo?

— En algún momento... Cuando logre tenerlo, no es fácil recolectar...

— ¿Recolectar? Creo que ya has tenido demasiado tiempo. Sabías en lo que te estabas metiendo cuando decidiste hacer negocios conmigo, te lo advertí y aun así seguiste sin pensarlo mucho.

— ¿Viniste a darme un sermón o a cobrar tu dinero?

— Quiero dejarte claro que he tenido la paciencia suficiente contigo porque te conozco de toda la vida y además me agradas, no quisiera que uno de mis

hombres te hiciera daño. Eso no le gustaría a Ariadna, ¿cierto?

Cada vez que Freddy mencionaba el nombre de su hija, Roberto sentía la necesidad de romperle la boca para que nunca más lo pronunciara, pero, debía contenerse. Sabía que estaba frente a un hombre muy peligroso y que era capaz de cualquier cosa.

— Necesito una semana y te llevaré tu dinero. En efectivo, como siempre lo pides.

— Está bien, Roberto. Sigo confiando en ti, pero, no quiero que las cosas sigan siendo de esta manera, además somos amigos.

Freddy se levantó con calma y entonces le dio la espalda, uno de los hombres abrió la puerta.

— ¡Una semana, Roberto!

Dijo Freddy sin voltear mientras salía de la oficina.

Las cosas se estaban poniendo difíciles, pero, tenía que salir de esa deuda antes de todo empeorara, además tenía que pagarlo, solo que no quería, pero, ya no había manera de seguir posponiéndolo. Iría al banco a buscar el dinero y lo obtendría de cualquier forma.

Los días siguientes fueron muy estresantes, pero, trató de mantener la calma y toda normalidad al menos frente a las personas más cercanas para evitar que se preocuparan.

La mala noticia es que en el banco no había la cantidad de dinero que él estaba solicitando en ese momento y tuvo que hacer varias transacciones en tres o cuatro días, lo cual hizo el proceso mucho más largo y tedioso, pero, prefería eso antes de que Freddy tomara algún tipo de medida de la cual se arrepintiera después.

El dinero fue recolectado en su totalidad y lo fue guardando en bolsos. Un día antes de cumplirse el plazo llamó y entonces concretó un encuentro para el día siguiente. Algo que le estaba sacando un gran peso de encima, después de eso solo le quedaba seguir trabajando y volvería a tener todo su dinero de vuelta, nada se lo impediría.

Roberto habló con su mano derecha y guardaespaldas para que lo acompañara ese día a saldar aquella deuda y él sin dudas lo acompañaría, de hecho, él era

el único que sabía acerca de todo eso.

Después de la llamada durmió un tanto tranquilo y pudo descansar algo durante esa noche aprovechando también que Ariadna estaba en la casa y no tenía ningún tipo de preocupaciones, a partir del día siguiente sería un nuevo hombre, solo que no se imaginó de qué manera.

La mañana siguiente llegó muy rápido y la verdad es que Roberto sintió que solo habían pasado quince minutos, pero, no había nada que esperar, él se levantó y estuvo listo para su cita casi una hora más tarde, llamó a su guardaespaldas para que lo ayudaras a sacar todos los bolsos y entonces se enrumbaron al lugar de encuentro.

Durante el camino llevaron una conversación muy normal. No había ningún tipo de alertas, no había nada que decir sobre lo que iba a pasar, todo debería ser lo más normal del mundo. Una entrega y una deuda saldada, nada más que eso.

Cuando llegaron Roberto se dio cuenta que había muchos coches aparcados a las afueras del lugar, muchos más de los que estaba esperando tomando en cuenta que era una transacción entre dos personas que se conocían mucho, pero, fue algo a lo que no le dio mucha importancia y entonces entraron sin pensarlo más. Ya estaban ahí y debía acabar con todo eso.

Entraron después de una detallada revisión a las afueras del galpón, pero, terminaron pasando sin problemas. Cada uno de los hombres con cuatro bolsos llenos de dinero extranjero.

— Bienvenido, Roberto. ¡Amigo mío!

— Hola, Freddy. Lo prometido es deuda.

— Me alegra que estés aquí y además llegas temprano.

Los hombres de Freddy recogieron los bolsos y enseguida fueron a un salón en la parte de atrás.

— Asumo que van a contar el dinero. Será una larga espera.

— Así es. Lo contarán, pero, no por desconfianza mi querido Roberto. Es solo un protocolo que deben seguir. Estoy seguro que está completo.

Freddy actuaba con más seguridad que nunca durante esos días y entonces se acercó a Roberto de manera muy amigable y lo abrazó por el cuello.

— ¿Desde cuándo no nos tomamos un buen ron?

— No lo sé... ¿Unos diez años?

— Es así. Es mejor que recordemos viejo tiempos con un buen vaso de licor en las manos. Vamos a un mejor lugar allá afuera.

Roberto y Freddy salieron caminando sin mirar a los lados.

Afuera había un par de butacas que sin dudas estaban puestas para la ocasión y una mesa con unos papeles en medio. Algo que no parecía de mucha importancia.

Los dos hombres se sentaron uno frente a otro y una botella de ron apareció de las manos de uno de los hombres de Freddy.

— Esta era la que siempre bebíamos. Ron del bueno, del que hacen en el paraíso.

— Así es.

— ¡Entonces es momento de celebrar!

Lo que más deseaba Roberto era salir de ahí, pero, sabía que no lo haría en ese momento, no hasta que adentro contaran hasta el último billete, así que lo mejor era compartir una copa.

Las cosas comenzaron a fluir un poco mejor y toda la tensión desapareció, inclusive había algunas bromas que se gastaban, sí, como en los viejos tiempos.

Entonces entró el guardaespaldas de Roberto. Su mano derecha, se había olvidado por completo de él, pero, todo eso le pareció algo extraño y entonces miró a su alrededor. El hombre que venía detrás de su mano derecha anunció a Freddy que ya todo el dinero había sido contado y que no faltaba nada.

— Eso es una excelente noticia, Roberto. Pero, la verdad es que sabía que no faltaba nada.

— Bien, entonces creo que es hora de irnos.

— ¿Irte? Pero, si aún no discutimos cómo pagarás las otras partes de tu deuda.

— ¿De qué carajos hablas? Tu hombre te acaba de decir que no faltaba nada.

— Y sé que es así, lo sé. Nunca he desconfiado de eso.

— ¿Entonces qué sucede?

— ¿Crees que ibas a pagar eso y te ibas a ir muy feliz por esa puerta? Pues, no. Tengo nuevas noticias para ti.

Roberto miró a su guardaespaldas que no le hizo ningún gesto ni nada para tratar de defenderlo. No entendía qué era lo que estaba pasando, así que entonces buscó una vez su puesto, se sentó y miró, incrédulo, a Freddy y entonces trató de hablar, pero, solo tartamudeó con una sonrisilla nerviosa en su rostro.

— Muy bien, mi querido amigo, la cosa es la siguiente. Lo que me acabas de pagar fue el capital que yo invertí para traer la mercancía que lamentablemente se perdió en medio del mar después de que el barco naufragara. Cuando una embarcación de ese tamaño se hunde ocasiona muchos problemas, amigo. Y eso es porque muchas autoridades van a averiguar las razones del suceso y luego empiezan a investigar a todas las personas que sobrevivieron y hay muchas bocas que callar.

Roberto estaba comenzando a entender. Pero, siguió escuchando.

— Así que eso es dinero extra que tuve que poner, un dinero que realmente no tenía que gastar para salvar tu asqueroso trasero, pero, lo hice porque si ibas preso jamás vería mi dinero recuperado. Eso quiere decir que aún estás en deudas conmigo. ¡Ah, y olvidaba decirte! Además, tienes intereses vencidos.

Todo eso fue como una bomba en la cabeza de Roberto que no sabía cómo reaccionar en ese momento, en su mente solo había números y cuentas y llegando a solo un estimado sabía que era imposible pagar todo aquello, era imposible para él y para cualquier ser humano en la faz de la tierra.

— Freddy, sabes que todo eso... Yo no podría pagar...

— Calma, amigo... Calma. No te estoy pidiendo eso ahorita, sería una locura, además dudo que puedas llegar a esa cantidad con el dinero que tienes en el banco. Así que te propondré algo mejor.

Roberto estaba a punto de explotar. Pero, escuchaba con paciencia.

— Frente a ti tienes varios documentos. Los reconocerás apenas los veas.

El hombre de inmediato y más por curiosidad que por cualquier cosa, lo revisó de inmediato y no creía lo que veía.

— Son los papeles de tu empresa. Mejor dicho, un traspaso que me harás. Una venta ficticia.

— Pero, esto es imposible es el trabajo de toda mi vida, es todo lo que tengo. ¡Ya te pagué tu dinero de mierda! ¡En eso habíamos quedado!

En ese instante Roberto estaba muy alterado y entonces lanzó los papeles sobre la mesa de nuevo.

— Es la única salida que tienes.

— ¡Por nada del mundo los firmaré! ¡Nunca!

Su guardaespaldas cayó en el suelo después de recibir una patada en la espalda. Varios de los hombres de Freddy lo tomaron por brazos y piernas y entonces pusieron un arma en la nuca.

— Creo que vale más la vida de tu amigo que todo lo que tienes.

Pero, los papeles seguían sobre la mesa sin ser firmados y Roberto permanecía firme. Entonces el arma se cargó dándole una especie de ultimátum, pero, nada. Y entonces, después de una seña simple y corta de Freddy se escuchó un disparo que esparció los sesos del hombre por todo el terreno.

La imagen era completamente grotesca.

— ¿Firmaras?

— Ya lo mataste. No hay nada que negociar.

— Quizá te dolerá un poco más si le pasa lo mismo a la bella Ariadna, ¿no?

En ese momento el mundo se paralizó.

— Sí, esa jovencita... Le encanta pasear en su nueva camioneta por todos lados. Y siempre es un blanco fácil para cualquier francotirador. De hecho, justo ahora está tomándose un café con una amiga.

Freddy tomó un móvil y se lo lanzó en las piernas a Roberto. En él se podía ver una transmisión en vivo de lo que estaba haciendo Ariadna en ese momento. Él no tuvo más opción y después de dejar caer el móvil comenzó a firmar los papeles a pesar de que el pulso no lo ayudaba.

Sabía que ahora estaba en la peor situación del mundo y debería volver a casa tratando de hacer lucir toda con normalidad, quizá podría recuperarse con el

dinero que le quedaba en el banco, además conocía a muchos amigos que quizá lo ayudarían, así que las esperanzas seguían en pie.

Salió del galón con la imagen de todo lo que pasó y de lo que pudo pasar y al subir al coche reventó a llorar como un niño. Eso solo era el comienzo de una serie de eventos que le cambiarían la vida por completo y aunque quería creer que podría reponerse, la verdad es que nada de eso era posible. Él lo sabía.

IV

De la ciudad al pueblo

El mundo se le vino abajo a Ariadna de un momento a otro y ni siquiera tuvo la posibilidad de defenderse, para ella no había ningún tipo de explicación para lo que estaba sucediendo.

Después de una noche de fiesta como las que estaba acostumbrada a tener, la chica volvió a casa y entonces vio a su padre sentado en el salón principal con una vaso en la mano, la verdad es que eso era algo muy extraño, normalmente cuando se quedaba hasta altas horas de la noche era porque estaba trabajando en su despacho o quizá, muy esporádicamente, viendo algún programa de televisión, pero, de resto era un hombre que dormía temprano.

Ariadna lo observó por unos segundos y esperaba que él volteara a verla, pero, la verdad es que estaba como en otro mundo, su mirada estaba perdida y ella sintió un escalofrío que le recorría todo el cuerpo, era una sensación bastante extraña. Pensó en acercarse, pero, quizá lo único que quería era estar a solas, así que decidió subir y dejarlo tranquilo.

Pero, los pensamientos la siguieron hasta su habitación y a pesar de darse una buena ducha y relajarse todo lo que pudo, seguía pendiente de aquella imagen de su padre, con ese rostro de preocupación que jamás le había visto, es más podía asegurar que había un poco de miedo ahí.

Ariadna estaba acostada en su cama, pero, la verdad es que no podía dormir, ella creía que debía estar al lado de su padre en ese momento, así que se levantó y bajó descalza para no hacer tanto ruido, pero, al llegar al salón principal ya no había nadie, solo la oscuridad y el silencio. Miró a ambos lados tratando de encontrarlo, pero, asumió que se había ido a dormir, lo que realmente la tranquilizó a ella.

La chica volvió a su cama y después de unos minutos de reflexión sobre lo que había pasado y ahora más relajada, se dejó llevar a las tierras de Morfeo.

Pero, la verdad es que no había razón para estar tranquilos, todo estaba mal en la familia y Roberto no sabía cómo salir de ese lío sin que nadie se diera cuenta de lo que estaba pasando. Tenía muy poco tiempo para resolver, si es que lograba hacerlo.

Durante esa noche, y antes de que llegara Ariadna, estuvo conversando con varios amigos para pedir un préstamo, pero, todos se negaron. Estaba pidiendo mucho dinero él lo sabía, pero, las personas a las que estaba acudiendo tenían pruebas de lo trabajador y responsable que era Roberto, además muchas de ellas estaban donde estaban gracias a él que cuando lo necesitaron no dudó en prestarle y apoyarlos.

También habló con algunos gerentes de bancos que él conocía y ninguno le dio muchas esperanzas de que consiguieran algo para él. Estaba atado de pies y manos.

Lo que tenía en sus cuentas personales quizá alcanzaría para mantenerse unos meses, pero, después de eso todo se vendría abajo, todo lo que habría construido estaba en manos de alguien más y solo por un error en toda su vida, solo por dejarse llevar por la avaricia y además por no querer pagar a tiempo, pensaba que se iba a librar de esa deuda y las cosas salieron completamente al revés.

Tenía que mantener la calma y seguir buscando opciones para salir de todo eso.

Las semanas eran cada vez más intensas y difíciles a pesar de que en la mansión todo seguía como siempre, no había ningún tipo de cambio y esa era la idea de Roberto, mantener todo igual y trabajar mucho más para salir de los gastos mes a mes hasta que volviera a amasar su fortuna, quizá tendría que decirle algo a la hija en algún momento, pero, luego las cosas serían como antes.

Salía cada día y, por supuesto, todos pensaban que iba a la oficina, pero, la verdad es que seguía tocando puertas y buscando que hacer para no quebrarse por completo, todo lo que tenía su familia se lo había ganado él y no era justo que lo perdiera de esa manera.

Pero, las puertas seguían cerrándose y parecía que no había una luz al final del túnel, Roberto ya no sabía a dónde ir.

Las últimas semanas estuvo pasando el día en un hotel donde su desesperación aumentaba cada vez más y no lograba concentrarse en buscar más soluciones, pero, la verdad es que ya había buscado hasta donde menos lo pensaba y hasta había llamado a Freddy para pedirle que se retractara de lo que había hecho, le suplicó muchas veces hasta que el hombre le cortó la llamada.

Las lágrimas eran imparables, Roberto estaba completamente destruido y daba gracias a Dios por tener a Ariadna que era la única razón que tenía para seguir luchando, para salir adelante, no importaba lo que tuviera que hacer, él lo haría.

Pero, no había un camino para recorrer, no había una manera de salir de ese hoyo y el dinero que tenía en el banco seguía bajando y bajando, definitivamente no podría mantener la calidad de vida que llevaba si quería seguir teniendo un techo sobre su cabeza.

Pero, ¿bajar de clase?, ¿buscar una nueva casa?, ¿hacerles saber a todos que estaba en la bancarrota? Eso jamás, él debía mantener su nivel económico, él necesitaba que su hija siguiera teniendo sus amigas y todos sus lujos, Roberto no dejaría que las cosas cambiaran, así como así.

Comenzó a beber sin control y ahora llegaba cada día borracho a la casa, no hablaba con nadie y terminaba directo en su habitación. Todo estaba empezando a ponerse muy extraño y Ariadna estaba muy preocupada.

Había varias cosas en el ambiente que a ella no le gustaban para nada y una era el hecho de que su padre estaba un poco demacrado y había bajado de peso, además esa manera de beber alcohol no era algo normal en él y por supuesto su personalidad, por lo general era un hombre alegre y que estaba pendiente de todos lo que hacían vida en la mansión, pero, ahora no hablaba ni con su hija.

Una mañana el hombre tomaba el desayuno en la piscina, a la misma hora de siempre, solo que ahora sus huevos con tocino estaban intactos, así como el café y su jugo de naranja. Solo miraba la mesa y jugueteaba con el tenedor que tenía en la mano. Era un movimiento nervioso.

— Hola, papá. Buenos días.

No hubo respuesta. La mirada seguía clavada en el tenedor.

— ¿Papá?

Nada.

— ¡Papá te estoy hablando!

El hombre parecía haber salido de una dimensión desconocida, y con un respingo trató de ubicar de dónde venía la voz.

— ¡Hija! ¿Qué tal?

Roberto no hablaba con fluidez ni miraba a Ariadna en ningún momento.

— Bien, padre. Todo bien. ¿Y tú?

— Genial, hija. Pensando en algunas cosas del trabajo.

— Entiendo. Has estado muy ocupado allá, ¿no?

— Demasiado. Muy ocupado.

Todas las señales indicaban que algo andaba mal, pero, había algo que no inquietaba solo a Ariadna sino a todos lo que convivían en la mansión.

— Quería preguntarte por Darío.

— ¿Por quién?

— Darío, papá. Tu guardaespaldas, tu mano derecha.

Roberto tartamudeó y luego hizo una mueca dando a entender que eso no era de importancia, pero, igual respondió.

— Él y yo... Bueno, tuvimos una discusión bastante acalorada... Muy acalorada... Él me faltó al respeto y luego lo despedí. Creo que volvió a su pueblo natal. Sí, eso es.

La explicación de Roberto no convenció para nada a Ariadna que notó que su padre no la miró a los ojos ni una sola vez. Todo lo que estaba pasando con su padre carecía de sentido, pero, ella no quiso presionar más por el momento y entonces volvió a su habitación.

Pero, ella seguía muy intrigada y preocupada.

La actitud y las acciones de Roberto se mantenían intactas y parecía que cada vez tomaba más y estaba más distraído en los momentos en que gozaba de sobriedad.

De pronto al hombre se le ocurrió una idea con la cual no estaba muy a gusto, pero, realmente se vio empujado a hacerlo y entonces entró en un abismo sin salidas.

Al principio las cartas parecían estar a su favor, estaba ganando como nunca antes lo había hecho y casi había duplicado su entrada, Roberto pensó que quizá era el momento de tener algo de suerte y salir adelante, al menos por la

vía de las apuestas.

El primer día volvió a casa con una buena suma de dinero ganada y como sintió que todo fue tan fácil y rápido decidió ir de nuevo al día siguiente, se sentía con suerte aún.

Las partidas comenzaron temprano, pero, entonces sus fichas fueron siendo cada vez menos y no paraba de comprar más para tratar de recuperarse, pero, las cosas cada vez se ponían peor. Algo le decía que se retirara, que era mejor perder el dinero que la vida, las personas con las que estaba jugando no eran las mejores del mundo y había un par de mafiosos en la mesa, pero, no podía irse en esa mano, no con esas cartas que tenía.

Las apuestas parecían por fin favorecerle y estaba sudando, trataba de no expresar sus emociones y mantenía un rostro neutro.

Todos pasaron su turno, pero, justamente el jugador que estaba a su lado subió la apuesta. Las fichas de Roberto no eran suficientes, pero, no podía irse con una “Escalera de color”, tenía muchas probabilidades de ganar, no había dudas que esa sería la mano que lo sacara del hueco y le devolviera la suerte que tanto necesitaba.

Entonces supo que hacer. Fue con todo lo que tenía.

Era como si hubiese explotado una granada su lado justo cuando las cartas de su oponente tocaron la mesa. Ella retumbó de una manera que él no vio venir, pasó de la gloria a la desgracia en cuestión de nanosegundos. Sus ojos estaban ardiendo y pensó por un momento que había fuego en ellos.

No escuchaba nada de lo que decían al su alrededor y solo vio cuando le quitaron las fichas, pero, lo peor estaba por venir.

— Roberto... ¡Roberto!

— Sí, sí, dígame.

— Tenemos que hablar en privado.

— Por supuesto.

Las llaves y los papeles de tres de sus coches fueron entregados al día siguiente sin ningún tipo de queja y esa era la apuesta que había hecho, además de todo el dinero que tenía en sus cuentas, ahora no había escapatoria y estaba sin un centavo. Miró como sus preciados coches salían de su garaje y se iban

para no regresar jamás.

Roberto no podía creer que ahora no tenía nada en lo absoluto, estaba en la calle prácticamente. El hombre cayó de rodilla sobre el césped y entonces comenzó a llorar. La escena fue vista por una de las trabajadoras de la casa quien de inmediato fue a avisarle a Ariadna.

La chica llegó de inmediato, pero, ya Roberto estaba en su despacho, era hora de hablar con la verdad, por más dura que fuera, era hora de enfrentar a su hija como un hombre.

La conversación fue larga y tendida y para su sorpresa, Ariadna lo estaba manejando muy bien, aunque, como era normal, se veía algo asustada. Pero, las cosas cambiaron drásticamente cuando le dijo lo que había pasado en realidad.

Ella nunca pensó que su padre podría meterse en un negocio tan sucio como el de la droga, podía entender todo lo que había pasado, pero, no que lo perdió todo por un negocio mal hecho y de procedencia ilegal, el rostro de Ariadna se convirtió en algo espeluznante para él, la decepción era enorme y Roberto no soportaba eso, para él lo más importante era su hija y ahora ella lo veía de esa manera.

Ariadna salió del despacho llorando y corrió hasta su habitación.

Por su mente pasaba cualquier tipo de cosas y además ella no sabía qué hacer, no tenía nada que ofrecer... Ella estaba completamente perdida, pasaba por el peor momento de su vida. Ella metió su cabeza en una almohada y entonces esperó despertar de esa pesadilla, pero, nada era más real que eso. Estaban en la ruina.

Entre lágrimas y pensamientos se quedó dormida y cuando despertó y volvió a la realidad, sintió como un gran hueco en su pecho se hacía cada vez más grande. Pero, se mantuvo en su habitación hasta el día siguiente, no quería hablar ni verle la cara a nadie y mucho menos a su padre.

Ahora ella tenía que pensar en cómo hacer las cosas, tenía que ayudar de alguna manera, aunque no lo quisiera así y tuviera el dolor de saber que todo se perdió por no pagarle a tiempo a un narcotraficante. El daño estaba hecho y no se podía reparar, tendrían que comenzar desde cero y lo tenían que hacer juntos, como familia.

Ella decidió bajar por un poco de agua y la escena comenzó a ser más tétrica cuando vio a todos los sirvientes saliendo de la casa con sus cosas, su padre de seguro ya había hablado con ellos y no tuvo más remedio que echarlos.

Ariadna seguía bajando y viendo los rostros de aquellos que estuvieron a su lado, prácticamente toda la vida, algunos llevaban lágrimas en los ojos y otros parecían desconcertados. Lo cierto es que las cosas se salieron de control muy pronto, ahora entendía la razón de la actitud de su padre.

La mansión estaba sola. Había un silencio enorme. La chica tomó su móvil y entonces buscó apoyo en sus amigas, quizá salir con ellas sería algo que la ayudara, pero ninguna le contestó y de hecho notó que estaba bloqueada en varias de las plataformas de mensajerías.

Esa era la verdadera amistad, era esa la cara que ella no conocía. No existía eso de “en las buenas y en las malas” no, para sus supuestas hermanas solo había “en las buenas”. Un dolor enorme la recorrió por completo y sintió cómo su corazón se quebraba en mil pedazos, su columna vertebral, sus mejores amigas ya no estaban y no estarían nunca más.

Ariadna no lo pensó dos veces y fue por sus llaves, necesitaba salir de ahí lo más pronto posible, en ese momento lo que menos quería era verle la cara a su padre, necesitaba respirar y pensar.

No pudo pararse en ningún lado, la chica solo dio vueltas por toda la ciudad sin rumbo y esperando que en alguna esquina consiguiera la solución para todo, pero, sabía que no conseguiría nada y después de un par de horas fuera de casa, decidió volver.

Las lágrimas ya habían cesado, pero, por dentro seguía destrozada y en su mente se repetía siempre lo mismo.

¿Qué vas a hacer, Ariadna?

¿Qué vas a hacer, carajo?

Entonces aparcó su camioneta, se quedó un par de minutos frente al volante como tratando de tomar fuerzas y entró a la solitaria mansión.

El eco se hacía presente con cada paso que ella daba. Rápidamente entró en el despacho y entonces se dio cuenta que estaba completamente sola en el mundo.

V

Pueblo inmundo

Viktor se paseaba como todos los días y resolvía algunas cosas en el pueblo, nada importante la verdad, pero, era su deber y lo cumplía cabalidad. Ese día estaba cumpliendo cuatro años en Villa Oeste, el tiempo realmente había pasado muy rápido y él se convirtió en uno más del rebaño ahí.

Pero, no podía pasar por algo ese día, era como cada año. Los recuerdos venían a su mente y aunque trataba de evitarlo no podía sacarlo de su mente ni de su corazón, muchas cosas se habían quedado en la gran ciudad y aunque ahora solo tenía una máscara puesta, él era la misma persona que cuando era tan solo un oficial de la policía en su ciudad natal.

Claro, estaba seguro que la mejor decisión que tomó fue quedarse en ese pueblo, que, aunque le pareció inmundo en un principio, terminó por darle todo lo que él quería y mucho más, la verdad es que estaba sorprendido de la cantidad de mujeres con las que había estado y las que estaban en espera por eso.

Villa Oeste era ahora un paraíso donde él era el rey. Todos lo respetaban, las mujeres lo deseaban y su trabajo era el mejor del mundo. Las cosas se habían amoldado a él, así que había logrado su cometido y lo mejor era mantenerse ahí.

Leslie había sido su última víctima nueva, esa chiquilla tenía lo suyo, pero, ahora estaba con su novio y no lo dejaba ir ni un momento, aunque cuando pasaba por su lado la muy descarada le guiñaba el ojo o se quedaba viéndolo con ganas, de seguro que recordaba cada una de las veces que la hizo gritar.

Ella lo deseaba de nuevo.

Pero, las cosas debían seguir su curso, ella ya era parte del pasado, no la necesitaba de nuevo. Había mejores mujeres en el pueblo con la que podía esperar a su próxima víctima.

Esa misma mañana, justo antes del mediodía vio algo que le llamó mucho la atención y entonces fue por ello.

Una chica echaba combustible a un pequeño y destartalado coche, pero, había

dos cosas interesantes en eso. Dos cosas que realmente no cuadraban en esa escena. Así que el jefe se recostó de una columna y disfrutó del momento.

Lo primero era la chica. Era una mujer hermosa y con un cuerpo espectacular, algo que sin dudas no era digno de Villas Oeste, una chica que salía de los parámetros normales y que realmente le atraía demasiado, tanto que era una candidata perfecta para ser la próxima en su cama, además lucía muy joven lo que la hacía más moldeable aún.

Lo otro extraño era el coche en el que estaba, no es que nadie tuviera uno así, pero, la verdad no compaginaba con la ropa que llevaba puesta, eran prendas de marca, sin dudas, solo que los pantalones habían sido cortados para contrarrestar el infernal calor que dominaba en ese pueblo, pero, la verdad había sido una buena decisión, desde donde estaba viendo Viktor, había bastante que observar.

Sin dudas no había echado combustible a un coche nunca, estaba luchando para ver la manera en que esa manguera entrara en el hoyo que estaba destinado para llenar el tanque, pero, parecía una tarea imposible, así que era hora que el rey de la ciudad fuera al rescate.

— Creo que debes, mover esta pequeña palanca de aquí y... ¡Listo!

Ella lo miró de reojo.

— Gracias.

La chica dio la vuelta y entonces abrió la puerta del lado del copiloto y sacó una cerveza. Él observaba cada uno de los movimientos de la chica y cada vez le gustaba más, era impresionantemente bella y ahora podía notar que también era poseedora de un par de senos inmensos que lucían muy atractivos con la camiseta que traía puesta, de hecho, se le marcaban tanto que podía ver cada una de las costuras del sujetador.

— No la había visto por aquí, señorita. Soy el jefe de policía de la ciudad.

— Estoy de paso.

— Lo imagino. Normalmente no tenemos residentes como usted.

Ella se limitó a asentir con la cabeza, pero, en realidad no le importaba lo que el hombre decía. Un momento más tarde se escuchó un sonido que ella reconoció, estaba segura que ya el tanque estaba lleno. Un hombre salió de la

tienda y la chica le entregó un par de billetes mientras seguía caminando hacia el puesto del conductor.

Viktor la miró, pero, no pudo resistirse a irse detrás de ella.

La joven se subió al coche y entonces cerró la puerta en la cara del gran cowboy.

— Espero haya tenido una buena impresión de nuestro pueblo, señorita.

— Quizá el calor es lo mejor que tienen. De dónde vengo los policías normalmente no se meten en los asuntos de los demás.

Ella se colocó sus gafas oscuras, sonrió con ironía y arrancó de inmediato. Viktor tuvo que apartarse para evitar ser pisado por las llantas.

Desde ese momento sabía que tenía que verla de nuevo y lo mejor era que estaba seguro que le estaba mintiendo, esa chatarra en la que andaba no iría más allá de los bordes de la ciudad y sabía quién había sido el dueño anterior, así que quizá esa persona tendría algo de información.

Ariadna había llegado a ese inmundo pueblo después de no tener otra opción mientras buscaba algún nuevo sitio para vivir y tratar de empezar de nuevo.

Todo el dinero que en algún momento tuvo se fue a la mierda más rápido de lo que esperaba y lo último que le quedaba era la camioneta que su padre le regaló en su cumpleaños 21... Parecía mentira que en tan solo dos años las cosas cambiaran tanto.

Pero, la verdad es que después de rogar a sus supuestas amigas por ayuda en el momento más crítico y sentirse rechazada, las cosas para Ariadna se convirtieron en una auténtica pesadilla, algo que jamás pensó vivir, pero, que era su más triste realidad.

Las cosas para ella no fueron fáciles y cuando comenzó a buscar trabajo en la ciudad todos le cerraban las puertas porque sabían exactamente de dónde venía y quién era. Su padre había dejado deudas en todos lados después de tratar de levantar su familia, pero, más que todo a él, Roberto sabía que sin dinero volvería a ser nadie, como lo fue cuando era un niño. Solo una sombra en el camino.

Así que la chica no veía una salida más que tomar la misma decisión que su padre e irse, aunque de una manera diferente, pero, en pocas palabras

consistía en dejar atrás todo lo que había sido su vida en la ciudad y buscar nuevos senderos que la ayudaran a renacer.

El problema más grande que tenía era que no conseguía nada de lo que conocía, estuvo rodeada de lujos y sirvientes desde que nació, así que el mundo real, el que vivían las personas normales, le resultaba algo muy fuera de tono, algo que realmente no debería ser así.

Los golpes desde el día en que salió de la mansión eran cada vez más fuertes y tuvo que dejar todo lo que tenía para recorrer nuevos caminos. La camioneta la vendió en un pueblo vecino y llegó caminando a Villa Oeste, donde se consiguió con un lugar que parecía abandonado por todos, un lugar sucio, maloliente, sin lujos, con gente extraña y sobre todo de mal gusto.

La chica llegó con solo un par de maletas llenas de algunas de sus cosas más preciadas y trataba de buscar un lugar donde pasar la noche. Caminó por dos horas, pero, no encontraba ningún hotel, así que decidió preguntar a una señora que estaba sentada en una acera.

— Disculpe, ¿podría usted decirme dónde puedo conseguir un hotel por aquí cerca?

— Hola, chiquilla. Sí, por esta calle está el del señor Carlos y más allá está el señor Manfred. El último que te nombro es de un dueño alemán y tienen muy buena lencería, yo trabajé ahí.

Ariadna volteó.

— Pero, de ahí vengo y no conseguí nada. ¿Está segura que es por ahí?

— Claro que sí. ¡Ven, yo te llevo hasta allá!

Ariadna aceptó y entonces comenzó a caminar a la par de la señora que la verdad era muy conversadora. El lugar no estaba tan lejos.

— Aquí es, jovencita.

La chica miró la entrada. ¡Claro que había pasado por ahí! El problema es que nunca imaginó que algo con una fachada así fuera un hotel.

— Muy atenta, señora. Le agradezco.

— La pasarás bien. Tienen buena lencería como te dije.

— Sí, lo imagino.

Un nudo en la garganta se formó de inmediato y Ariadna tenía todas las ganas de llorar, algo le decía que dentro conseguiría todo menos comodidad y lujos, pero, al parecer era lo mejor que había y además se estaba haciendo de noche, así que no tenía más opción.

Entró y seguía sorprendida con la rudimentaria estructura. Todo parecía ser muy viejo.

Un hombre de unos 60 años, alto y con una cabellera rabia la atendió.

— Buenas tardes. ¿Puedo ayudarla?

— Sí, bueno eso espero. Necesito una habitación. La más cómoda que tenga.

El hombre la observó por un momento. A la chica se le notaba a leguas que no era del pueblo.

— Muy bien. Tengo la suite número 8 disponible en este momento.

— Perfecto. Déme esa.

— Deberá cancelar ante de...

— Tenga, ahí tiene lo suficiente para una semana.

El hombre no se negó a tomar el dinero que equivalía a la estadía de casi dos meses y entregó la llave a la inusual huésped.

Ella subió de inmediato y entonces se ubicó en su habitación. No era la que esperaba, pero, la verdad no estaba nada mal y tenía buena lencería, tal cual le dijo la señora. Dejó el equipaje a un lado y entró al baño cruzando los dedos para que tuviera agua caliente, metió la mano en la ducha y luego de unos agonizantes segundos comenzó a calentarse el agua. Ariadna lanzó un suspiro de alivio.

No era una suite como el dueño dijo con su tono muy irónico, pero, por fin estaba en un sitio donde podría relajarse y pensar cuál sería su próximo paso.

Ahora todo lo que quedaba de su vida pasada se reducía a esas dos maletas y nada más. Ariadna tenía que comenzar de cero y rápido, pues el dinero que había ganado con la venta de la camioneta no le alcanzaría sino para unos pocos meses.

Recordó a su padre con una mezcla de sentimientos extraña. Había odio, amor, decepción, cariño... No sabía que pensar en ese momento, así que solo se

dejó llevar y lloró todo lo que pudo. Después de eso se metió en el baño a ducharse por casi una hora. Era la primera vez que se aseaba completamente en la última semana, la verdad es que se sentía asquerosa y eso la tenía de mal humor.

No comió esa noche, prefirió guardar lo que tenía para el día siguiente.

Desde muy temprano un gallo comenzó a cantar muy cerca de donde ella estaba la verdad es que por un momento pensó que el animal estaba dentro de la habitación pues su canto era realmente estruendoso. Algo a lo que ella no estaba acostumbrada y como era de esperarse, no durmió más. Así que se levantó con sueño, pero, con nuevos ánimos.

Si algo tenía claro es que debía olvidarse de los lejos en los que había vivido y concentrarse en conseguir un trabajo en cualquier sitio para ganar dinero suficiente y buscar a donde irse. Antes de salir tomó un pequeño desayuno improvisado, metió algunos billetes en el bolsillo trasero de su pantalón y salió a la búsqueda de un trabajo.

Tenía que ir clara que las cosas no iban a ser tan fáciles sobre todo cuando ella no sabía hacer nada, en absoluto. Pero, el menos podía intentarlo.

Caminó bajo el inclemente sol durante más de una hora, tocando de puerta en puerta, pero, al parecer era muy temprano para comenzar con la faena. En la mayoría de los locales no había nadie atendiendo ni pendiente del timbre, el problema es que ya eran casi las 10:00 a.m. y según a lo que ella estaba acostumbrada, esa era una hora normal para trabajar.

Definitivamente, las cosas afuera eran muy diferentes que, en la gran ciudad, pero, estaba teniendo los mismos resultados. Solo puertas cerradas.

En sol era inclemente y Ariadna sudaba como nunca, así que entró a un pequeño bar y pidió un poco de agua. Necesitaba descansar e hidratarse.

El dueño del local estaba solo y limpiaba algunos vasos, se notaba que acaba de abrir. En el televisor había un juego de béisbol y nadie más entraba. Las cosas parecían muy tranquilas ahí. Más allá se podía divisar unas mesas y de billar, los baños y una pequeña tarima, donde quizá en algún momento tocaron las bandas locales.

Entonces una idea se le vino a la cabeza.

— Oiga, señor, ¿cuánto le debo por el agua?

— Oh, no. No es nada. Jamás cobró un vaso de agua.

— ¡Vaya, gracias! ¡Qué amable!

El hombre le sonrió. Parecía una buena persona, así como todos los que se había topado. Era la parte buena de ese pueblo, al parecer.

— Oiga, disculpe... ¿No necesita a alguien que trabaje atendiendo las mesas?

— Siempre necesito a alguien que atienda mis mesas.

— Entonces, ¿puedo venir a trabajar con usted?

El viejo la miró por encima de la barra un poco extrañado. Ella no parecía ser una chica del pueblo, he hecho nunca la había visto y para su edad ya tenía que haber pasado su primera borrachera en su bar.

— ¿Tú quieres trabajar aquí? ¿Atendiendo mesas?

— Si usted me lo permite.

— ¡Por supuesto que te lo permito!

Para el hombre tener una camarera así de hermosa sería lo mejor. Tendría clientes a granel gracias a la presencia de la chica.

— Perfecto. ¿Cuándo empiezo?

— De una vez, si quieres. Pero, creo que deberías ir a casa a ponerte algo más cómodo, el calor te asará con toda esa ropa puesta.

Ella se miró y decidió tomar el consejo, así que salió del bar y fue al hotel de nuevo, aunque le costó un poco volver ya que no sabía dónde estaba con exactitud. Ariadna comenzó a preguntar y en un buen rato llegó y se cambió. Se dio cuenta que era una distancia bastante larga para ir y venir a diario, y odiaba el transporte público, así que se le ocurrió algo.

Pero, primero, se duchó, comió algo y comenzó a buscar la ropa más sencilla y fresca que tenía. Definitivamente, Villa Oeste era todo lo contrario a la ciudad, donde siempre el clima estaba por debajo de los 20 grados centígrados, y con cualquier ropa se podía andar. No conseguía nada que la mantuviera fresca durante su día de trabajo.

Así que, sin pensarlo mucho, cortó justo por debajo de las nalgas sus pantalones de mezclilla, se colocó su mejor sujetador y una camisa a cuadros que había comprado unos meses antes, dejó los dos botones de arriba

desabrochados, se amarró el cabello con una cola de caballo y estaba lista para la acción.

La chica se veía espectacularmente hermosa y un poco sexy, algo que sin dudas llamaría la atención de todos en el pueblo. Era parte de su plan.

Pero, ahora, lo principal era hablar con un hombre que vio cuando se devolvía al hotel.

VI

Cambio total

En su pueblo nada estaba oculto para él. Todo lo sabía el jefe de la policía, pero, por alguna razón esa chica llevaba más de una semana viviendo bajo sus narices y no se había enterado.

El mecánico de la ciudad había hecho un negocio con ella. El coche en el que andaba era de él, tenía al menos un año vendiéndolo, pero, era una chatarra que nadie quería.

— Carlos, amigo. ¿Cómo estás?

— ¡jefe! Bien, gracias. ¿Usted?

— Bastante bien. Estoy haciendo unas investigaciones. ¿Por casualidad vendiste tu coche?

— Así es, jefe. A una chica que de seguro no era del pueblo. Por fin pude salir de él.

— Muy bien. ¿Y sabes algo más de ella?

— La verdad no. El traspaso fue muy rápido. Ella miró el coche, me preguntó el precio y aunque no le gustaba mucho, le pareció buena idea llevárselo de una vez. Pagó en efectivo y se fue.

— Entiendo.

— ¿Está la chica metida en algún problema, jefe?

— No, para nada. Es solo que no la había visto por aquí antes. Es extraño cuando alguien llega de afuera a quedarse en Villa Oeste. Gracias, Carlos.

— Cuando quiera, jefe.

Sus investigaciones lo habían llevado hasta el hotel de Manfred donde él mismo le confirmó que la chica había pagado en efectivo y que además adelantó mucho más de una semana.

Entonces ya sabía dónde se estaba quedando.

Viktor había quedado embelesado con la chica ya que no había visto a alguien así ni siquiera en la ciudad. Donde estuvo antes. La verdad es que necesitaba

volver a verla lo antes posible y poder tener un tiempo a solas con ella.

Solo necesitaba eso.

Viktor entonces puso todos sus esfuerzos para encontrarla y saber qué era lo que hacía en su pueblo, esa chica no se le escaparía.

Esa misma noche escuchó un rumor sobre otro bar al que él no iba con frecuencia, al parecer había un nuevo atractivo. Hablaba de una chica hermosa que atendía las mesas. Unos decían que era la más bella de toda Villa Oeste y otras, otros decían que era la más hermosa del mundo, pero, había un punto en que todos compaginaban y era que la chica definitivamente no era local.

El hombre al escuchar esto dejó su vaso y fue hasta el bar en cuestión.

Al entrar la vio cerca de una de las mesas de billar llevando unas cervezas. El local estaba más lleno que nunca y todos tenían que ver con la nueva chica.

Por su parte Ariadna seguía en su primer día, aprendiendo más y más. Estaba incómoda y moría por estar en otro lugar, pero, la verdad es que las cosas iban bien con las propinas. Si todo seguía así pronto podría irse de ese pueblo y buscar algo mejor. Pero, por los momentos era el mejor sitio para dejar atrás todo.

Los hombres no dejaban de verla y decirle cosas, pero, ella trataba de dejar todo eso a un lado. La verdad es que ninguno era para nada atractivo y tuvo que poner por delante su carácter para alejarlos y hacerles saber que ella estaba ahí solo para atenderlos para nada más. No tenía derecho a tocar.

Algunos no estaban muy contentos con la actitud de la chica, pero, era lo que tenían, sin no les gustaba, podían irse por donde vinieron. Era así de fácil.

El local estaba bastante concurrido esa noche y hasta el dueño estaba sorprendido de lo que estaba pasando. Definitivamente era el día en que ella debía demostrar de qué estaba hecha, sobrevivir a esa noche era lo más importante, ya después vería que hacer.

Ariadna estaba tratando de mantenerse tranquila, pero, en más de una ocasión sentía un poco de repulsión por esos hombres que solo le veían los senos y buscaban la manera de tocar. Solo quería eso, de hecho, algunos le ofrecieron dinero por sexo, cosa que ella jamás aceptaría y menos con un pueblerino sucio y maloliente.

Las cosas iban bien y ella atendía a todos los que podía, hasta que vio una cara conocida en una de las mesas y fue hasta él, de hecho, lo había reconocido por su uniforme.

— Buenas noches, jefe. ¿Se le ofrece algo?

— Parece que estás de mejor humor.

— No estoy aquí para hablar, la verdad estoy muy ocupada. Pida algo o váyase.

— Vaya, vaya. Tienes un gran carácter.

La chica al ver que Viktor solo quería hablar se dio media vuelta y lo dejó sentado en la mesa. Él realmente no podía creer que una mocosa como esa lo haya dejado hablando solo, eso era una falta de respeto hacia la autoridad que él representaba y para su ego. Era una patada en las pelotas.

Viktor miró a los lados tratando de observar si alguien se había dado cuenta de lo que había pasado, pero, al parecer todos estaban en sus propios asuntos.

Esperó un poco más y al ver que la chica no volvía, salió del bar y esperó paciente afuera, cerca del coche de ella. En algún momento saldría y lo haría por la puerta principal ya que su vehículo estaba parado frente al lugar. No tenía escapatoria.

Los hombres salían poco a poco y las horas iban pasando, pero, ya después de media noche no había ni un trago más para nadie así que todos debían volver a casa. Era increíble que Viktor siguiera ahí, era casi como estar mendigando la atención de la chica, pero, ella no se le escaparía no al cowboy más sensual de la ciudad, ella también merecía tener algo de él.

Las luces se apagaron en el local y Ariadna no tardó en salir, pero, se llevó el susto de la vida cuando vio al hombre parado al lado de su coche.

— ¡Carajo! ¿He cometido algún delito desde que estoy en su pueblo, jefe?

El tono de ironía de la chica era bastante fuerte.

— Si quiere revíseme a ver si me he robado algo... ¡Jefe!

— ¿Te molesta que esté por aquí?

— La verdad no entiendo cuál es su empeño en estar donde estoy. Por eso quiero saber si falté a alguna ley.

— No, no has faltado a nada.

El hombre se apartó del coche y entonces ella caminó con paso firme, abrió la puerta y entró sin mirarlo siquiera. Ariadna entonces volteó y le enseñó el dedo del medio a Viktor y después se fue haciendo chillar los cauchos.

El hombre no tuvo más opción que reír, pero, ahora tenía el ego herido y estaba intrigado en saber más sobre la chica, pero, más allá de todo, sentía una especie de atracción interesante sobre ella, era algo nuevo para él, pero estaba seguro que la razón principal por la que necesitaba tenerla se basaba en ese par de senos enormes. Logró verlos un poco cuando la chica se subió al coche.

Sonrió y estaba seguro que solo sería cuestión de tiempo para tenerla en sus brazos.

En su camino al hotel, Ariadna pensaba en que ese jefe de policía era algo atrevido, creía que era lo más importante en la ciudad, pero, la verdad es que estaba lejos de serlo. Ella no estaba buscando a un hombre, ella solo quería salir de ese inmundo pueblo y tratar de volver a ser como antes, necesitaba todos sus lujos. Era importante para ella regresar para estar en el lugar que le correspondía.

Por el momento ella solo estaría enfocada en trabajar en ese asqueroso bar y hacer todo el dinero que pudiera para empezar con algo... Cualquier cosa... Aunque realmente no sabía qué.

Lo que había notado de ese egocéntrico policía es que era el único en todo Villa Oeste que realmente no tenía mal olor, el hombre era bastante aseado y no podía negar que era muy atractivo, eso era algo muy obvio, pero, no como para atraerla a ella. No, para nada. Ella tenía mucha clase para eso.

Llegó a su habitación y entonces sacó el dinero recolectado esa noche. La verdad es que eso eran migajas, ella manejaba mucho más efectivo cuando no trabajaba, pero, a juzgar por lo que le dijo el dueño del bar que podía sacar por noche, le pareció que estaba más que bien. De hecho, guardaría una parte para pagar una semana más en el hotel y seguir yendo a trabajar día a día. Si todo seguía así, saldría de ahí más rápido de lo que creía.

Esa noche, por fin pudo desconectarse de todo lo que la afligía y después de una ducha y una buena cena se quedó dormida mientras veía una película. Las cosas para ella podrían estar funcionando.

A la mañana siguiente se levantó con nuevos ánimos y entonces quiso salir a desayunar e investigar qué más había en el pueblo, ahora al menos iba en su coche.

No había mucho que ver en Villa Oeste, era un pueblo pequeño sin ningún atractivo interesante, pero, entonces consiguió algo que le llamaba la atención. Un gimnasio, era lo último que imaginó ver ahí, ella amaba hacer ejercicios, solo que antes lo hacía en la parte de atrás de la mansión con su entrenador personal, ahora las cosas serían diferentes, pero, sería una distracción muy interesante.

Aparcó su coche y entró de inmediato. Después de inscribirse ese dio cuenta que podía comprar algo de ropa ahí mismo, había diferentes tipos de conjuntos para entrenar y ella se llevó unos cuatro a casa, volvería al día siguiente y empezaría con una rutina.

Ariadna sentía que tendría una válvula de escape con eso.

Se regresó y se preparó para volver al trabajo lo más temprano posible, sin dudas que mantenerse ocupada era lo mejor que podía hacer, se sentía bien de esa manera y así lograba mantener el cerebro activo y llegar lo más cansada posible a la hora de dormir para no dar tiempo a la mente de pensar más en todo eso que le hacía daño.

Se fue al bar, pero, entonces todo el panorama cambió cuando vio la al policía en su patrulla, ella tuvo que aparcar a su lado, pues era el único espacio que quedaba libre.

— ¿No hay chicos malos en el pueblo a los cuales debas arrestar?

— ¿Crees que en Villa Oeste haya alguien que rompa las leyes?

— La verdad, no. Pero, entonces usted debería buscar algo en que ocuparse... Jefe.

— En eso estoy. Me ocupo de mi vida social, de ti.

Ariadna se detuvo, dio media vuelta y se acercó lo más que pudo al jefe de la policía, tanto que podía sentir su aliento.

— Creo que está pescando en aguas equivocadas, vaquero.

— Yo sé dónde lanzo mis redes, señorita.

Sus miradas estuvieron conectadas por unos segundos, pero, en la mirada de

ella había más odio que cualquier otra cosa. Por su parte él se veía bastante seguro. Algo que a ella le sorprendió muchísimo, lógicamente no sabía que estaba tratando con una chica de clase y no con las que acostumbraba en el pueblo, Ariadna nunca le haría caso.

— Que tenga un buen día... Jefe.

La dejó irse, pero, poco a poco iba dejando su semilla. Se repetía constantemente que ninguna mujer lo rechazaba y esta mocosa no iba a ser la primera. Le miró el trasero hasta que entró en el bar y sonrió.

Viktor dejó que la chica pasara todo el resto del día tranquila sin verlo, eso ayudaría a su mente a relajarse y poco a poco vería al hombre de otra manera, además ya sabía dónde encontrarla al día siguiente.

El próximo encuentro entre ellos se dio justo en la zona que más dominaba Viktor, ella sola había ido a la cueva del lobo.

La vio el día anterior inscribiéndose en el gimnasio mientras le hacía su rutina de pesas diarias, la verdad no le sorprendió verla ahí, de alguna manera tenía que mantener ese cuerpo tan moldeado. Así que sabía que la chica estaría ahí.

Ariadna llegó y entonces todos voltearon a verla. La ropa deportiva le quedaba más que bien, se ajustaba perfecto a cada curva de su cuerpo resaltando, por supuesto, sus senos y trasero, ahora se veía más espectacular que nunca y todos tenían ganas de probarla, pero, el código era bien sabido por todos. Ella era para el jefe. Hasta ese punto le rendían pleitesía y respetaban. Todos lo respetaban, pero, eso era gracias a la fama que tenía, quizá había algo de miedo ahí.

Ella comenzó con una rutina simple y después comenzó a levantar pesas, la verdad es que lo hacía muy bien. Pero, entonces para sorpresa de ella, miró por el espejo y justo en la parte de atrás estaba Viktor, solo que ahora las cosas cambiaban muchísimo.

El hombre entrenaba sin camisa y en ese momento levantaba unas enormes pesas para fortalecer sus grandes brazos. La verdad es que ella nunca había visto a un hombre con una musculatura tan perfecta.

La chica dejó a un lado lo que hacía y entonces se quedó viendo todo aquello. No sabía en qué mundo estaba, pero, quería quedarse ahí para siempre a pesar de que sabía que todo lo que observaba era del egocéntrico policía.

El pectoral del hombre resaltaba con cada repetición y sus músculos abdominales se contraían también, la verdad es que quería voltear para verlos directamente, pero, no se atrevió, prefirió pasar sigilosamente, de hecho, creía que no la había visto, así que siguió con lo que hacía, pero, su mente estaba clavada en el atlético cuerpo de Viktor.

Ella trató de seguir con su rutina, pero, ahora no podía evitar mirar a donde él estaba. Una chica se le acercó en ese momento.

— EL jefe... Sí, todas queremos con él y las que lo hemos tenido sabemos que es el mejor amante del mundo. Nadie tiene tanta pasión como él.

— ¿Disculpa?

Ariadna estaba un poco confundida con el comentario de la chica.

— Sí, el jefe. A quién miras. Créeme, es lo mejor que podrás tener en tu cama, pero, eso sí por una noche. ¡Atrévete! Eres hermosa y él no te dirá que no. Está en su naturaleza.

La chica se retiró sin decir nada más y dejó esa semilla sembrada con mucha intriga.

Ahora lo veía de otra manera y la verdad es que no era un mal partido para nada, en ese momento ella se le olvidó todo por lo que pasaba y se concentraba en ver esa masa de músculos que en parecía no haberla visto durante toda la mañana.

Ariadna se dio cuenta de la hora y entonces voló para no llegar tarde al trabajo.

VII

Pasado compartido

Cuando las cosas tenían solo una salida llamaban al policía con las agallas más grandes, ese que no tenía miedo de mancharse las manos con tal de que el trabajo se hiciera de la manera en que era correcta y ahí es cuando Viktor salía a dar la cara.

Él creía que a las personas malas no se les podía tener clemencia, pensaba que de una u otra manera debía pagar el precio más algo por lo crímenes cometidos y eso lo aprendió cuando tan solo era un niño y vio como un hombre violaba a su madre sin el poder hacer nada porque realmente no entendía lo que estaba pasando y porque no tenía la fuerza suficiente para enfrentar a aquel desgraciado.

Solo escuchaba a su madre diciéndole que cerrara los ojos y que se tapara los oídos, que todo estaría bien en poco tiempo, pero, la verdad es que después de violarla la asesinaron y lo dejaron a él botado en una vía.

Cuando lo llevaron a testificar el realmente no recordaba, tenía la mente bloqueada y además estaba muerto de miedo. Viktor quedó a cargo de su tía más cercana y fue ella quien lo sacó adelante y luchó al lado del niño justo hasta que un cáncer se la llevó un día antes de él graduarse como policía.

Pero, el apodo de mercenario se lo ganó cuando una noche, mientras hacía su recorrido escuchó unos gritos en un callejón y se bajó de inmediato del coche dejando a su compañero solo y sin habla. Viktor corrió siguiendo el sonido de los gritos y entonces en su mente se reproducía aquella tragedia que vivió cuando niño, podía ver el rostro del hombre que violaba a su madre, algo que no recordó por años.

Llegó y las cosas parecían estar repitiéndose esa noche. Él, sin aviso alguno, saltó sobre aquel malnacido y lo quitó de encima de la mujer. De inmediato y sin preguntar comenzó a golpearlo sin para, Viktor no estaba masacrando con sus puños a ese hombre en particular, era al violador y asesino de su madre, era a él a quien tenía en mente.

La mujer lloraba por todo lo que estaba pasando y entonces él se detuvo.

— Señora, hay una patrulla a una calle de aquí vaya con el policía y él sabrá

dónde llevarla.

— Sí, sí.

La mujer corrió sin parar ni mirar atrás.

Viktor volteó de nuevo y entonces observó como el violador intentaba levantarse mientras se subía los pantalones.

— No creo que vayas muy lejos, perro. Las cosas son diferentes ahora, ¿no crees?

El joven policía sacó su arma y disparó un par de veces a quemarropa.

La justicia era esa para ese tipo de delincuentes.

Todo quedó encubierto por su compañero y el resto del equipo, alegaron que el hombre tenía un arma y atentaba contra la vida de su policía. Así que las cosas pasaron por debajo de la mesa, pero, desde ese momento todos sabían que él tenía la sangre más fría del departamento y sabía a quién llamar en esos casos.

Así fue durante dos años, pero, luego las cosas se salieron de control y asesinó a uno de los mafiosos más importantes de la zona, pero, también porque tenía sus narices metidas en la trata de blancas.

El problema fue que eso desató una serie de persecuciones a policías, pero, estaban buscando a Viktor para asesinarlo. Su jefe no podía permitir eso, así que lo trasladó al pueblo más alejado de su ciudad y donde nunca lo encontrarían. Por su puesto, entre tantos rumores, su fama también llegó, aunque parecía un cuento más que nada.

Era esa la razón por la cual todos los hombres lo respetaban y de hecho le tenían un poco de miedo. Sabían de lo que era capaz y si era tan solo un cuento, pues no querían averiguarlo.

Las chicas eran más relajadas al respecto y solo estaban detrás de él por su físico y la manera en que hacía las cosas, lo que era un cuento bien probado por la mayoría de las mujeres del pueblo, era su manera de follar y hacerla volar a lo más alto. Ella si tenían pruebas de lo que hablaban.

Entre una cosa u otra, la verdad es que Viktor si era el rey de Villa Oeste. Un título que se ganó en los cuatro años que tenía ahí.

La transferencia lo ayudó a combatir contra sus demonios internos y a salvar

su vida, era algo que no podía negar. Ahora era otro hombre, pero, con un ego enorme.

De la misma manera llegó Ariadna, solo que ella huía de las cosas que había hecho su padre.

Para ella no fue nada fácil pasar por todas las cosas que tuvo que vivir en la gran ciudad. Pasar de tenerlo todo a no tener nada fue como comparar el día con la noche, ahora ella se veía solo y además sin el apoyo de sus amigas.

Realmente el rechazo de aquellas que decían llamarse “sus hermanas” fue lo que más le rompió el corazón, porque si bien Roberto se había metido en problemas de drogas y ella se decepcionó mucho de eso, confiaba en que su padre saldría adelante. Ya lo había hecho una vez.

Pero, cuando se vio sola después de haber entregado todo por aquellas chicas fue lo que la hizo explotar.

Nada parecía más duro que eso hasta que al volver aquel día después de dar una vuelta por la ciudad encontró a su padre guindando del techo. Una cuerda rodeaba el cuello y su cuerpo sin vida tenía un color tétrico, fue en ese momento cuando se sintió sola y abandonada por él.

Se vendió la casa y casi todo fue para pagar todo lo relacionado con el sepelio de Roberto y para pagar algunas deudas, pero, la verdad es que no alcanzaba para mucho. Ella estaba pagando los errores de su padre y la presión estaba toda sobre ella, así que una tarde preparó sus maletas y se fue sin rumbo, necesitaba un lugar para comenzar.

Llegó a Villa Oeste después de tomar una serie de decisiones y ahora estaba estancada ahí con una carcacha de coche y sin mucho que esperar.

Quizá el destino estaba empeñado en llevar a ese pueblo a quienes necesitaban un nuevo comienzo.

Ariadna y Viktor volvieron a encontrarse al día siguiente justo después de gimnasio. Ella trató de no mirarlo tanto a pesar de que no había ni un segundo que no pensara en cada uno de los músculos que había visto. La verdad se sentía un poco extraña al respecto.

Pero, él sabía que ella lo miraba y era hora de que las cosas dieran un giro, claro, siempre de la manera en que él lo quería. Estaba a punto de morder su anzuelo.

Así que se le acercó cuando ella iba camino a su coche.

— Vengo con mi bandera blanca buscando la paz.

Ella no pudo evitar sonreír, aunque evitó que él se diera cuenta de eso.

— Voy a tener que pedirte una orden de restricción... Contra ti.

— No creo que eso sea necesario. No huelo tan mal.

Ella sonrió y Viktor aprovechó el momento.

— Creo que empezamos mal. Hola, soy el jefe de la Policía de Villa Oeste. Viktor Maestre.

Él estrechó su mano y por supuesto ella no lo dejó así.

— Mi nombre es Ariadna Welch.

Sus manos se cruzaron por primera vez y las cosas parecían diferentes desde ese momento.

— ¿Sería un abuso de mi parte si te invito una taza de café?

— Creo que estás agotando tu porción de suerte. No creo que ahora sea el momento indicado.

Ella seguía rechazándolo y eso no era nada normal para Viktor. De hecho, pensaba que quizá la chica tenía gustos diferentes.

— Claro, entiendo. No ir muy rápido.

Por fin de ella salió una sonrisa sincera, pero, no dijo nada. Se subió en el coche, lo encendió y entonces volteó a ver a Viktor. Claro que él esperaba el dedo del medio como la última vez que estuvieron en esa misma situación, pero, ahora ella bajó la ventanilla.

— ¿Qué te parece esta tarde? Hoy no trabajo.

— Perfecto. Nos vemos en...

— Pasa por mí. De todas maneras, ya sabes donde vivo, ¿O no?

La chica arrancó y se fue.

Por primera vez en mucho tiempo Viktor sentía que tenía una especie de cita. Algo con lo que no lidiaba a menudo, pero, no podía dejar pasar esa oportunidad y sabía exactamente a donde llevarla.

Ariadna no sabía en realidad la razón por la que le había dado esa oportunidad a Viktor y esperaba que no haya sido por lo que veía en el gimnasio, aunque estaba casi segura que era por eso, solo que no sería algo lógico. O quizá sí.

Ella no podía negar que estaba completamente derretida ante esos músculos tan perfectos, pero, la manera de ser del duelo de ese espectacular cuerpo no era la mejor. Tenía un ego más que sus pectorales y tomando en cuenta lo que la chica le dijo en el gimnasio, de seguro todos esos cuentos de las mujeres habían llegado a sus oídos alimentando todo el amor propio que se tenía, la verdad eso era un punto en contra, pero, quizá las cosas podrían cambiar.

Ahora estaba la oportunidad para ambos de ver realmente como eran, el comportamiento de ella tampoco había sido el más indicado, pero, estaba pasando por malos momentos que seguían perturbándola.

Ariadna estuvo pensando durante horas en lo que iba a hacer y tenía un miedo increíble era algo que jamás había sentido, él era un completo desconocido y la verdad es que estaba yendo detrás de un montón de músculos que no había visto antes, era como si existiera un deseo oculto en todo eso.

Estuvo lista desde muy temprano ya que no sabía la hora en la que él pasaría por ella.

Desde su casa, Viktor estaba terminando de vestirse y estaba seguro que ese día sería más que excelente. Se puso su mejor ropa, escogió una botella de vino, un par de copas y estaba listo para la acción. Él conocía al tipo de chicas como Ariadna, son caprichosas y altaneras, están acostumbradas a otras cosas muy diferentes y era una ventaja que debía aprovechar.

Llegó al hotel de Manfred y esperó por ella en la entrada.

Unos minutos más tarde bajó y cuando la vio sintió algo diferente dentro de él.

La chica usaba una ropa muy casual, pero, la verdad es que estaba más que hermosa. Sus curvas no se perdían entre la tela y aunque no había un escote pronunciado, el sujetador que llevaba le levantaba los senos haciéndolos ver más grandes. Viktor no podía evitar mirarlos.

Ella estaba observando también con detalle y la verdad es que se veía mucho mejor sin el uniforme, el hombre era realmente apuesto, más de lo que ella lograba recordar, claro con ropa era diferente, pero, estaba muy atractivo esa

tarde.

Ella se subió en el coche sin saber cuál sería su destino.

La verdad es que ella se estaba arriesgando a mucho, pero, no tenía nada que perder y quizá ganaría mucho, solo que iría con calma y a pesar de que ella estaba segura que Viktor pensaba que las cosas se harían a su manera, la verdad sería ella quien llevara la batuta. Debía calmarse y no dejar salir lo que fuera que sintiera por el hombre.

— Me alegra que me hayas dado la oportunidad, Ariadna.

— Pues, debes aprovecharla al máximo. Quizá sea la única que tengas.

Él no sabía cómo tomar esas palabras, pero, siguió adelante.

El camino y la conversación no fueron lo mejor, pero, la intriga de saber a dónde la llevaba pudo más que cualquier cosa. Pasaron del asfalto al camino de tierra y siguieron así durante unos quince minutos más. Por fin él se detuvo y la invitó a salir.

Estaban en una alta colina donde se podía ver el pueblo completo, la verdad es que era impresionante.

— Vaya, vaya... Me sorprendes.

— Esa era idea.

Villa Oeste parecía de postal. Sobre ella se ocultaba el sol y los colores en el cielo parecían puestos por la mano de un artista. Quizá solo un poeta pudiera describir de manera correcta lo que sus ojos estaban viendo en ese momento.

La mezcla de luces sobre las nubes era impresionante y sacaba los colores más perfectos del mundo. Definitivamente era un pueblo inmundo, pero, se lucía con unos atardeceres geniales, algo que ella no había visto jamás.

Abajo se veía la cantidad de ganado alrededor del pueblo y las pequeñas calles. Se podía observar la plaza principal y sin dudas el hotel donde ella se estaba quedando. Era el edificio más alto de todos.

Mientras el sol seguía ocultándose, Viktor explicaba cada una de las partes de su pueblo a la hermosa turista que estaba fascinada con todo lo que veía. Él sabía de quién era cada una de las tierras y todo lo que pasaba ahí, por algo era el jefe de la policía.

Entonces entre el vino y las palabras llegó la noche y los cobijó por completo. Parecía que ambos habían dejado salir sus almas y por fin estaban hablando con una persona que los entendía, se sentían unidos de alguna manera más que por la atracción física.

— La noche es aún más misteriosa que ese atardecer.

— Las estrellas desde aquí son únicas. Me atrevo a decir que es el cielo más despejado de estos lados.

Ella lo observó mientras él miraba las estrellas, en ese momento parecía otro hombre, parecía que estaba hablando con una persona completamente diferente.

El corazón de Ariadna palpitaba de una manera inédita, de una forma nueva. Ella no estaba segura de lo que estaba sintiendo, pero, entonces pasó algo.

— Creo que es hora de volver, Viktor.

Él la miró directamente a los ojos y la verdad es que estaban muy cerca, nadie los estaba viendo y podrían dejarse llevar por el momento, pero, él supo que las cosas se darían luego, así que subieron al coche y la llevó hasta el hotel.

Ariadna se bajó dando las gracias por una salida tan maravillosa, era algo que no esperaba encontrar en ese pueblo. Estaba complacida por lo que había pasado.

— ¿Nos veremos de nuevo?

— Estoy segura de que así te diga que no, tu encontraras la manera de ubicarme.

Ambos rieron.

— En eso tienes razón.

— Mañana después del trabajo, pero, ahora yo tengo el lugar.

Ella cerró la puerta y se fue.

Estaba seguro que ella había mordido el anzuelo y más temprano que tarde la escucharía gritando su nombre y haciéndole caso. Solo había un problema.

Quizás él también había caído en sus redes y eso era algo muy peligroso.

VIII

Atracción imparable

Los pensamientos de cada uno estaban encontrándose en otra dimensión y no había dudas de que las ganas estaban presentes.

Ella estaba en su habitación de hotel tratando de pensar en lo que había pasado exactamente esa tarde. ¿Cómo era posible que pasara de aborrecer a un hombre a desearlo en cuestión de días?

Sin dudas que el factor atracción estaba presente y la verdad es que desde que había visto la perfección del cuerpo de aquel hombre en el gimnasio, para ella no había nada más importante en el mundo, era como si todos los problemas desaparecieran, como si el tiempo se detuviera para admirarlo solo a él.

Tenía miedo, por supuesto que lo sentía. La verdad es que no salía con alguien desde hace mucho tiempo y esta vez las cosas eran reales, ella sabía que no había ningún otro interés oculto como cuando la buscaban solo por su dinero y quizá muchos de los que se acostaron con ella solo veían la oportunidad de sacarle algo de su fortuna.

Ariadna estuvo merodeando dentro de su mente esperando encontrar respuestas a cada una de sus preguntas.

Unos cuantos metros más allá, Viktor pasaba por una situación parecida, solo que él estaba mucho más confundido.

Era la primera vez desde que había llegado al pueblo que una chica le interesaba tanto como para dejarla ir sin follarla y más aun esperando una segunda vez. Por su mente solo pasaban las mujeres como una distracción, para él solo le servían para el sexo y no sabía cómo es que se había convertido en eso, quizá era miedo un compromiso.

Viktor pensaba en cada uno de los momentos que pasó con Ariadna y si cerraba sus ojos podía ver los de ella detallando el crepúsculo o cuando le dijo que se verían al día siguiente. Las cosas estaban pasando de una manera diferente para él que no podía sacarse de la mente las despampanantes curvas de la chica, sino que también recordaba y le interesaba cada una de las cosas que decía.

Así pasaron la noche, juntos en sus pensamientos y lejos físicamente, quizá era la hora en que ambos conocieran el otro lado de la historia, a lo que siempre le había huido.

Al día siguiente el recorrido para Viktor era el mismo de todos los días solo que pasó a ver si el coche de Ariadna estaba aparcado afuera de aquel bar en donde trabajaba. Se detuvo un momento para ver si tenía la suerte de verla antes de la hora que habían quedado, pero, decidió darle el espacio que se merecía.

Las horas siguieron pasando y entonces Viktor tenía la duda de saber cómo se iban a encontrar. Ella no quiso dar detalles. Estuvo dando vueltas por el pueblo y verificaba que el coche siguiera aparcado en el mismo lugar, pero, en un descuido se había dado cuenta que ya no estaba.

El hombre se sintió vacío y quizá se comparó con todas esas mujeres que le pedían una segunda oportunidad, solo que era primera vez que vivía algo como eso. Pensó en buscarla, pero, sería una señal de desespero y por más que quisiera verla, él no se permitiría esa, no se rebajaría hasta ese punto.

Golpeó el volante con toda su fuerza y se sintió frustrado. No tenía nada más que hacer a esa hora más que volver a casa y quedarse con las ganas intactas, pensó que tuvo que tomar más en serio las palabras de Ariadna cuando le dijo que quizá esa sería su única oportunidad.

Aparcó entonces frente a su casa y bajó del coche.

— Yo también se investigar, vaquero.

La voz se escuchó desde la oscuridad del porche de su casa y estuvo a punto de sacar su arma.

— Tranquilo, vaquero. Solo vine a cumplir mi palabra.

Esa noche ella se veía mucho más hermosa que de costumbre y entonces él se acercó

— Pensé que habías huido.

— Siempre cumplo lo que digo.

Entonces en ese momento ambos estaban explotando de alegría por dentro y sus corazones galopaban dentro de sus pechos, sentían como una especie de electricidad los recorría y era el momento perfecto, nada más pasaba por sus

mentes. No había problemas, no había egos, no había miedos ni dudas... Solo sentimientos que eran cada vez más fuertes y sinceros.

Se acercaron sin decir nada y de la nada sus labios se juntaron, tímidamente al principio, pero, después se dejaron llevar por toda esa pasión que los abrazaba completamente.

Un beso tan largo como las ganas que se tenían, un beso que comenzaba a escribir una nueva historia entre dos personas que estaban juntas gracias a un pasado oscuro y misterioso. Así como cuando el universo teje los destinos de manera extraña.

Ella puso sus manos sobre los musculosos brazos de Viktor y era exactamente como lo imaginó. Podía sentir la textura de su piel y el calor que parecía salía cada vez a una temperatura más alta. Ella no podía creer lo que estaba pasando, pero, era así. Ella estaba completamente mojada en su entrepierna.

Por su parte, Viktor estaba sintiendo como una prominente erección se armaba dentro de su pantalón, en ese momento ya no había vuelta atrás y además trataba de recordar cuándo había sido la última vez que había besado a una mujer de esa manera. Si es que lo había hecho.

Sus manos comenzaron a explorarla poco a poco y podía imaginar esas curvas que veía en el gimnasio o cuando ella se daba la vuelta y se iba caminando. Bajó hasta sus nalgas y entonces apretó con fuerza, ese fue el interruptor que encendió la pasión de Ariadna.

Entonces fue ella quien dejó de besarle y lo empujó, él cayó sobre un mueble de madera que tenía en la entrada de su casa. La chica se abalanzó sobre el hombre, era ahora o nunca, aunque esperaba una advertencia de él, quizá ese no era el lugar apropiado.

Pero, cuando la pasión es tan grande no importaba el sitio, además todo estaba muy oscuro y desde que ella estuvo ahí esperando no había pasado ni una persona. No podían negar que al ser ese un sitio prohibido, todo se hacía más interesante.

Ariadna sentía como un gran bulto palpataba justo entre sus piernas y ella se movía para poder rozarlo y sentirlo, mientras tanto Viktor estaba concentrado en besarla y quitarle la blusa. Acto seguido el hombre lanzó la prenda a un lado y los senos de la chica quedaron expuestos. No llevaba nada más.

La poca luz que llegaba al lugar provenía de la luna y esta dejaba ver solo un poco de lo que tenía frente a él, era como una manera de mantener el suspenso, de tenerla, pero, sin verla por completo.

De inmediato no pudo resistir a la tentación y comenzó a besar, lamer, acariciar y morder los pezones. Eran tan ricos como había imaginado, ella lo tomaba por la cabeza y tenerlo así era una sensación increíble.

Poco a poco él se deshizo de la falda de la chica dejándola solo con el panty puesta. Sus cuerpos comenzaron a sudar.

Era el turno de Ariadna que estaba manejando la situación y entonces le quitó la camisa al hombre. Recordaba la primera vez que había visto ese torso y lo loca que la había vuelto, pero, ahora tenía, más que ver, la oportunidad de tocar y de ir descubriendo cada uno de esos enormes músculos. Era algo fuera de lo normal, algo que nunca había probado.

No creía la manera en que se excitaba con solo pasar la mano por los abdominales de Viktor, ella estaba sorprendida de la atracción y el deseo que tenía por el hombre. Por otro lado, una parte de su mente le gritaba que estaba desnuda en las afuera de una casa, pero, eso más que inhibirla la ayudaba a seguir.

La adrenalina estaba al tope.

Entonces de manera sigilosa, él fue sacándole el panty y ella el pantalón. Necesitaban de sus cuerpos de inmediato. Las cosas estaban pasando mejor de lo que creían en un principio, pero, era hora de que el gran jefe de la policía hiciera lo que estaba acostumbrado a hacer, no por nada todas lo deseaban, así que tomó el control.

Ya cuando estaban desnudos por completo, él la acercó y entonces la levantó con una facilidad increíble y la sentó sobre sus piernas, pero, él necesitaba probar algo más.

Como pudo volteó por completo a Ariadna justo hasta que sus piernas estaban a cada lado de su cabeza y él la sostenía por la cintura. Frente a él tenía ese manjar, que, si bien no podía ver con claridad, si podía olerlo, entonces fue por él.

Los labios de la vagina de Ariadna se convirtieron en mensajeros del placer, así como su clítoris. Viktor comenzó a lamer y a chupar el tesoro que la chica

tenía escondido entre sus piernas. La verdad es que era como una especie de miel que se derretía en su boca y tenía un sabor muy particular, usaba su lengua para dar más placer y no paraba de moverla.

Ella, boca abajo no podía creer lo que estaba sintiendo, pero, entonces no se quedó atrás y agarró con sus manos el gran pene de Viktor que estaba muy caliente y palpitante, esperando por ella. La chica lo metió en su boca todo lo que pudo y empezó a hacer el mejor sexo oral que había dado.

La textura de ese animal en su boca era algo único, podía sentir cada una de las venas que tenía y el glande era suave como un malvavisco. Disfrutaba lo que estaba haciendo, pero, la verdad es que la estaba volviendo loca todo lo que Viktor le estaba haciendo.

Él seguía concentrado y ahora motivado sabiendo que Ariadna le estaba devolviendo el favor.

Chupaba con fuerza y los gemidos de ella comenzaban a salir con algo de dificultad ya que tenía la boca algo llena.

Pronto la chica estaba tan mojada como era posible y llegó la hora de la verdad.

La bajó y la puso a apoyarse sobre el mueble de madera. Ella se inclinó todo lo que pudo y abrió las piernas, solo que no estaba segura si estaba lista para que ese miembro la penetrara, pero, no hubo tregua. Él lo metió hasta el fondo y un grito ahogado salió desde lo más profundo de su ser.

Las penetraciones eran cada vez más fuertes y ella no sabía cómo reaccionar, a pesar de todo estaba consciente de que estaban en la afuera de la casa de Viktor, que quizá nadie los veía, pero, de seguro si escucharían.

Pero, él no le daba tiempo ni de respirar y no paraba de follarla, cada vez era más duro.

Sus cuerpos chocaban sin control y entonces él comenzó a nalguearla con intensidad, a ella le encantaba que le hicieran eso.

Los movimientos eran muy bruscos, pero, la verdad es que era algo que estaban disfrutando.

Ella estaba transportándose a un lugar desconocido, a un sitio donde jamás había estado. El nivel de deseo aumentaba y las ganas de gritar eran

incontenibles. Ariadna sentía como el pene de Viktor la tocaba en cada parte dentro de ella y llegaba tan adentro que le parecía imposible.

De pronto gritó, aunque no con todas las ganas.

Ella se mordía los labios, pero, era solo cuestión de tiempo para que no pudiera aguantarlo más. Entonces él paró y Ariadna aprovechó para tomar un poco de aire, pero, enseguida volvieron a lo que estaban solo que esta vez ella se sentó encima de Viktor.

Sintió cuando la volvió a penetrar y en esa posición parecía tener un poco más de control, así que dejó salir todo lo que había aprendido y era ella la que se movía ahora.

Comenzó saltando sobre el pene y había un poco de dolor cada vez que caía, pero, la verdad era bastante placentero. La chica siguió con movimientos circulares que la hacían estremecerse por completo. No paraba de hacerlos y Viktor estaba en otro mundo también.

Ariadna se apoyaba de los hombros de él para tener más control de lo que estaba haciendo, pero, el infinito placer que sentía le estaba quitando las fuerzas, ya estaba haciendo todo por pura inercia.

Los senos de ella saltaban con los movimientos y la frecuencia de las penetraciones aumentó, los gemidos ahora eran incontrolables y sentía como todo se transportaba a un solo punto.

— ¡Oh, Viktor, fóllame fuerte!

Ahora ella estaba en su dimensión, donde solo el placer era dueño y señor de todo. Ariadna explotó por dentro con un orgasmo gigante y su mente se puso en blanco. Las piernas temblaban sin parar y tenía espasmos por todo el cuerpo, la chica estaba casi volando entre las estrellas y la luna que medio los iluminaba.

De pronto sintió como su nuevo amante la llenaba con todos sus fluidos de deseo y ella sentía como se bañaba por dentro.

Ariadna solo escuchó el último grito que dio, pero, la verdad es que no paró de hacerlo mientras gozaba de ese gran orgasmo. Estuvo poseída por el placer y sabía ahora que la fama de Viktor no era en vano.

Los dos respiraban entrecortados, todo fue muy intenso y la verdad es que

hubo una conexión única para ambos.

Ahí estaban en las afuera de la casa de Viktor, ella sobre él terminando la experiencia más increíble que ninguno haya tenido. Volvieron a besarse y entonces a lo lejos se escuchaban los ladridos de un perro. Era quizá el único testigo que tenían.

Pero, no podían separarse, no habían dicho ni una palabra, solo se besan y se miraban mientras las manos seguían acariciando el cuerpo del otro. Era el momento más perfecto de sus vidas y por fin lo habían encontrado, después de tanto dolor, llega la calma. Una calma que, combinada con ese tipo de orgasmos, era la mejor que se podía sentir.

El firmamento era dueño de aquella escena que se había convertido en una declaración de amor. Para él las cosas ahora eran diferentes y podía ver a una mujer a través de su corazón, quizá era la primera que veía así. Y Ariadna consiguió a un hombre real en un pueblo que estaba muy por debajo de la clase social a la que ella estaba acostumbrada.

Esa noche se había llevado con ella los egos, las mentiras, las tristezas y el pasado. Por su parte sembró la alegría en dos personas que convergieron en un mismo punto por causas similares y ahora sabían que la vida podía dar giros inesperados.

El futuro ahora se encargaría de hacer el resto, ya ellos verían si le convenía o no, pero, por el momento se levantaron de ese duro mueble de madera y buscaron una habitación más cómoda.

El perro y único testigo de lo que había pasado, tendría que esperar otra noche para volver a escuchar los alaridos de esa bestia que solo reclamaba placer.

NOTA DEL AUTOR

Espero que hayas disfrutado del libro. **MUCHAS GRACIAS** por leerlo. De verdad. Para nosotros es un placer y un orgullo que lo hayas terminado. Para terminar... con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado del libro y llegado hasta aquí, le dediques unos segundos a **dejar una review en Amazon**. Son 15 segundos.

¿Porqué te lo pido? Si te ha gustado, ayudaras a que más gente pueda leerlo y disfrutarlo. Los comentarios en Amazon son la mejor y prácticamente la única publicidad que tenemos. Por supuesto, quiero que digas lo que te ha parecido de verdad. Desde el corazón. El público decidirá, con el tiempo, si merece la pena o no. Yo solo sé que seguiremos haciendo todo lo posible por escribir y hacer disfrutar a nuestros lectores.

A continuación te dejo un enlace para entrar en nuestra lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o **[haciendo click en este enlace](#)**, podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíame un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer :)

www.extasiseditorial.com/unete

www.extasiseditorial.com/audiolibros

www.extasiseditorial.com/reviewers

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo – Laura Lago](#)

[Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)
[\(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible\)](#)

[Esclava Marcada – Alba Duro](#)

[Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso](#)
[\(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible\)](#)

Sumisión Total – Alba Duro

10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo
(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)

“*Bonus Track*”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crié. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para

que yo fuese a la universidad. “¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire

libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonríe con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.